

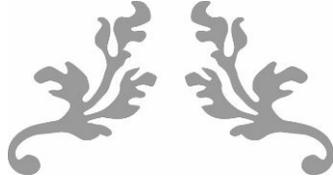
JUAN MARTINEZ



MAZADO



SEXO Y SORPRESA CON EL DEPORTISTA
DE GIMNASIO



MAZADO

Romance y Sorpresa con el Deportista



Por **Juan Martinez**

© Juan Martinez 2020.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Juan Martinez.

Primera Edición.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

La ciudad de Los Ángeles, era conocida mundialmente por el glamour que la rodea, y por la gente que quería ser cada vez más hermosa, a costa de cualquier cosa, así que, una de las mejores y más rentables profesiones era la de cirujano plástico, y eso fue lo que pensó Marcos Di Stefano cuando iba a entrar a la universidad. El chico sabía que serían por lo menos diez años de esfuerzo y dinero, pero la recompensa bien valía la pena.

Era hijo de madre soltera, Luciana, mujer trabajadora y entregada totalmente a su hijo. Él no había conocido a su padre, cuando le preguntaba a su madre al respecto, le decía que lo único que debía saber es que tenía sus ojos, que era muy guapo e inteligente, y que si se hubiese enterado de su existencia lo hubiese querido mucho.

Así que él siempre pensó que su padre había muerto, pero nunca le hizo falta una figura paterna, pues en su abuelo Giacomo, siempre la encontró.

La familia Di Stefano era propietaria de una pastelería, Luciana, Malena y Carlo, habían trabajado muy duro para mantener a flote el negocio familiar, convirtiéndola en la mejor de Santa Mónica, no eran millonarios, pero vivían de manera bastante cómoda, pues su clientela era muy grande, en ella estaban incluidos muchos actores y actrices famosos.

Marcos tuvo una infancia y adolescencia un tanto difícil, porque era lo que coloquialmente se conoce como “nerd”. Tenía una inteligencia privilegiada, tanto que pudo avanzar a grados muy rápido, y entró a la universidad antes que cualquier otro chico, su coeficiente intelectual superaba los 125, lo que lo definía como inteligencia brillante según la Escala de Wechsler.

Así que, si la adolescencia ya es difícil para cualquier chico, para él fue aún peor, era blanco de muchos insultos, agresiones, tanto, que cuando estaba en el último año de la preparatoria fue víctima de una agresión grupal. Unos seis chicos lo esperaron cuando iba de camino a casa, lo metieron a un callejón y lo golpearon brutalmente.

Su madre insistió en que presentaría una denuncia, pero él la convenció de que no lo hiciera, pues convertirse en un soplón complicaría más las cosas, Giacomo estuvo de acuerdo con su nieto, no debía convertirse en un soplón. Pero le dijo que la próxima vez, tendría que defenderse o eso nunca pararía.

Marcos era alto, flaco y desgarbado, no tenía ni un músculo en el cuerpo, así que, decidió entrar a un pequeño gimnasio cerca de su casa y allí descubrió su mayor hobby. Le gustaba mucho dedicarse a hacer ejercicios y más cuando se dio cuenta de los grandes beneficios que le dejaba a su cuerpo.

Así que, en poco más de un año, los cambios en él fueron notables, se convirtió en un chico fuerte, sus uno noventa de estatura jugaban a su favor se veía grande y fuerte. También comenzó a hacer artes marciales mixtas, pues no dejaría que nadie más lo agrediera.

Un día, venía de regreso de la universidad y se topó con parte del grupo de chicos que lo habían golpeado, quisieron hacer lo mismo, pero se encontraron con los puños de Marcos, él odiaba la violencia, pero no se dejaría amedrentar, se defendió y dejó a un par muy golpeados, los otros dos salieron corriendo al ver que él chico no se amilanaba. Desde ese día lo dejaron en paz. Su vida

de allí en adelante fue mucho más fácil.

En la universidad todo le fue muy bien, en la parte académica y también en la social, tenía un par de amigos, un chico y una chica, eran un par de años mayor que él, pues al haber avanzado grados había entrado antes a la universidad. Edward y Linda, eran buenos chicos y los tres eran inseparables.

Aunque dedicaba el noventa por ciento de su tiempo a sus estudios, también dejaba tiempo para las chicas, Marcos era un chico muy guapo, tenía el cabello castaño con unos mechones rubios gracias al tiempo que se lo pasaba en la playa, los ojos de un color miel preciosos, y unos rasgos cincelados casi perfectos, todo eso en combinación con el cuerpo que había conseguido con los ejercicios, lo hacían un espécimen masculino muy hermoso y muy cotizado.

Atrás había quedado la época en que le huían como apestado, de hecho, cuando se encontraba con sus compañeras del colegio se quedaban con la boca abierta sin poder creérselo, el cambio que había dado el chico era radical.

Los años pasaron y Marcos comenzó sus años de residencia en el Ronald Reagan UCLA Medical Center, un hospital localizado en el campus de la Universidad de California en Los Ángeles, solo los mejores podían hacer allí sus prácticas. El hospital era uno de los más utilizados por los famosos.

En esos años de prácticas, conoció a James Sullivan un afamado cirujano plástico que se convirtió en su mentor, tanto, que cuando culminó con sus años de aprendizaje, el doctor Sullivan lo contrató en su clínica privada.

Y después de cinco años, el chico “nerd”, desgarbado y víctima de acoso y violencia por parte de sus compañeros, se había convertido en uno de los más prometedores Cirujanos Plásticos de la ciudad de Los Ángeles y de todo el país.

Su amigo y mentor le había dado participación accionaria en la clínica, ganaba mucho dinero, tanto, que estaba a punto de terminar la construcción de una enorme casa en Paradise Cove, conducía un costoso coche, y vestía con ropa hecha a medida, entre otros lujos.

Por supuesto, continuaba con su afición al gimnasio, asistía por lo menos dos horas al día, pues su horario en la clínica se lo permitía, era fijo, a menos que se presentara alguna emergencia. En ocasiones iba dos veces al día, le encantaba mantenerse en forma, su cuerpo era perfecto, con los músculos definidos. A veces se preguntaba si estaba obsesionado, pero él mismo se contestaba que no, solamente amaba su cuerpo.

En su consulta había visto muchos de los horrores que cometía la gente por ser perezosos, querían tener cuerpos hermosos con un mínimo esfuerzo, y en ese afán se ponían en manos de médicos inescrupulosos, y veía liposucciones mal hechas, implantes de abdominales, glúteos y otras partes del cuerpo torcidos, incluso pacientes con infecciones tan agresivas que les costaba la vida.

Le molestaban las personas que querían todo fácil, él había logrado los cambios que quería en su cuerpo a base de ejercicios y buena alimentación. Aunque con esos pacientes era que ganaba la mayor cantidad de dinero, él se encargaba de arreglar todos esos desastres y por eso se había convertido en uno de los más cotizados en la ciudad. Los resultados obtenidos, luego de ponerse en sus manos, eran espectaculares.

Pero no todo era frivolidad en su vida, Marcos había comenzado la carrera, no como dicen todos

los médicos, “por vocación”, pues él lo hizo con el interés de ganar dinero, pero mientras estudiaba se involucró con una ONG que ayudaba a personas de escasos recursos en países del tercer mundo, y donaba un par de semanas de su tiempo al año para colaborar.

A nivel sentimental, no le iban muy bien las cosas, aunque él decía que se sentía bien como estaba, era muy inestable, no salía más de dos meses con la misma chica, por supuesto, siempre hermosas, siempre perfectas por lo menos en apariencia.

Había tenido solo una novia, Melanie Sullivan, era hija del Doctor Sullivan, era modelo, le ofrecieron un contrato muy jugoso en Milán, ella se marchó sin pensarlo mucho y terminaron. Cada vez que visitaba la ciudad llamaba a Marcos para una buena sesión de sexo. Los Sullivan tenían la esperanza de que la relación continuara, pues para ellos el chico era perfecto para su hija.

Luciana, su madre, siempre se preocupaba, pues quería que su hijo sentara cabeza, pero para ella Melanie no era la indicada. La chica era bastante superficial, y nunca se llevaron bien, pero, por su hijo, siempre hizo el esfuerzo de tratarla bien.

Quería que su hijo se enamorara, para ella eso era primordial en la vida, era una romántica y decía que todos tenían que tener un amor verdadero alguna vez, sin importar si terminaban tus días con esa persona, pero debían probar el dulce néctar del amor. Ella le decía que ese había sido su caso, se enamoró del padre de Marcos, lo engendraron y no lo volvió a ver, pero le había dejado el recuerdo y ese hermoso regalo que era su hijo.

Marcos no le creía, sabía que su madre sufría, nunca quiso estar en ninguna otra relación a pesar de ser muy joven y bonita, se conformó con el recuerdo de un fantasma. Sabía que en algún momento iba a tener que establecerse, tal vez casarse, pero no tenía ninguna prisa, con 32 años simplemente quería disfrutar de su dinero y de su éxito.

Conocía mucha gente, pero solo tenía un par de amigos, aparte del Doctor Sullivan, los mismos de la universidad. Edward que se había especializado en Ginecología, y Linda en Pediatría, su amiga se había casado y estaba a la espera de su primer bebé.

Así que Marcos Di Stefano, tenía una vida perfecta, por lo menos eso creía él. Una familia muy unida, una carrera exitosa, dinero, guapo, buenos amigos, lo tenía todo.

Marcos se levantó a las cinco de la mañana como todos los días, se tomó un batido de proteínas, y se puso su ropa para el gimnasio. A las seis en punto estaba entrando a un moderno gimnasio en Beverly Hills, era de los mejores y más costosos de la ciudad, esa semana era el aniversario del lugar y el ambiente era muy diferente al resto de los días.

Al parecer habían sorteado un par de membresías por seis meses, por una de las estaciones de radio más populares de la ciudad de Los Ángeles, y estaban transmitiendo por Instagram la primera clase de los ganadores.

Pasó, por un lado, sin ninguna curiosidad, total él solamente iba a entrenar, no le importaba nada más, y lo hacía allí simple y llanamente porque era el mejor lugar. Pero al pasar, le llamó poderosamente la atención una de las chicas que habían ganado en el sorteo.

Era muy bonita, con un bello cuerpo, delgada, muy tonificada y eso se notaba a leguas, pues tenía un pantalón corto de lycra y un top a juego. Medía por lo menos 1.70, tenía el cabello negro y la piel muy blanca, algo raro en la ciudad, porque las personas solían estar muy bronceados por la cercanía con el mar, no pudo observar nada más, pues el personal de la radio y del mismo

gimnasio las rodeó para continuar con la grabación, luego Marcos se puso a trabajar.

Se exigía mucho en los entrenamientos, pero hacer pesas era su favorito, sentía que con eso se mantenía muy bien, aparte hacía una clase de spinning completa. Su entrenador era de los mejores, de hecho, se había encargado de entrenar a unos cuantos ganadores de Oscars para hacer papeles donde necesitaran cambios radicales, o simplemente como su entrenador personal.

— Marcos, te veo un poco distraído, doce repeticiones más. Tienes que trabajar más fuerte. — Le dijo Tiago, su entrenador.

— ¡Me tienen desconcentrado con tanto alboroto! ¿Cuántos días tendremos que soportar esto? — Le preguntó Marcos, un poco malhumorado.

— Sólo hoy, es para la promoción del gimnasio. Estamos de aniversario, y toda publicidad es buena. — Le explicó el chico sonriendo.

Marcos asintió y siguió en su entrenamiento, total, no le importaba nada más.

Luego de salir de allí se fue a su apartamento, se dio una ducha, tomó un desayuno lleno de proteínas y se marchó a trabajar a la clínica. Tal y como había sido en los últimos dos años tenía la consulta a tope. Por la tarde tendría un par de intervenciones y luego si le quedaba tiempo se pasaría por la construcción de su casa.

Y así lo hizo, luego de una aplicación de Botox y un aumento de senos, se fue a la que pronto sería su nueva casa. Cuando llegó, quedó gratamente sorprendido al comprobar que ya habían terminado, solamente faltaban unos detalles de pintura, recoger todas las herramientas de los contratistas y limpiar. Luego le tocaría el turno a la decoradora de interiores.

La casa había quedado muy bonita, el marido de Linda que era un afamado arquitecto, la había diseñado como un favor personal. Marcos se sentía feliz de tener un espacio diseñado a su gusto, era totalmente perfecta.

Pero lo más bonito de la casa eran las preciosas vistas, estaba en primera línea de playa, Marcos se sentó en su terraza, al lado de la piscina para admirar la belleza del paisaje, él también practicaba surf y el lugar le había parecido perfecto. Cuando compró el terreno, se imaginaba sus mañanas tomando un café y saliendo al mar sobre una tabla antes de ir a trabajar.

Cuando oscureció, cerró todo y se fue a su departamento, Edward lo había llamado en la mañana para salir a tomar unas copas, pero antes quería darse una ducha y ponerse algo más cómodo, para trabajar solía usar traje, aunque la mayor parte del tiempo se quitaba la chaqueta para colocarse la bata, y cuando operaba por supuesto usaba la ropa adecuada para el quirófano.

Edward lo estaba esperando en un bar al que solían ir cuando estudiaban, a pesar de que ya se habían graduado eran muy jóvenes y les gustaba esa clase de ambientes, más a su amigo que a él, pero ese lugar en especial era muy agradable, pues el dueño era conocido de ambos y siempre los atendía muy bien. Y lo mejor de todo, las chicas preciosas veinteañeras universitarias, nunca salían de allí acompañados, pero les encantaba mirar y recordar su época universitaria.

— ¿Por qué tienes esa cara? Parece que estuvieras en un funeral. Cada vez te vuelves más aburrido. — Le dijo Edward.

— Estoy muy cansado, imbécil. Trabajé todo el día. — Le respondió Marcos.

— Yo también trabajé todo el día, y no tengo esa cara. Me parece que te estás poniendo viejo. —

Le dijo su amigo.

— No es eso, Melanie viene la próxima semana, y sinceramente no tengo muchas ganas de verla.

— Le dijo Marcos, mientras tomaba de su cerveza.

— No tienes porqué hacerlo, esa chica es muy guapa, pero es insoportable. Lo lamento mucho por James, porque sé que le encantaría que su relación pasara al siguiente nivel, pero no me parece que se a la mejor opción para ti, querido amigo.

Marcos asintió pues sabía que Edward en parte tenía razón, Melanie era bastante superficial, pero entre ellos había una química sexual muy buena. Sabía que cuando decidiera casarse ella era la elección más conveniente, la chica era preciosa, estaba acostumbrada a su círculo de amistades, y de paso, era la hija de su maestro y socio, ¿para qué complicarse la vida buscando en otro lado?

Tal y como lo esperaba Marcos, la siguiente semana Melanie llegó a la ciudad, lo primero que hizo fue llamarlo, y él la invitó a cenar. Fueron a un precioso restaurante en Beverly Hills, en donde lo más probable es que el comensal de al lado fuera algún cantante, actor o director famoso.

Esos lugares le encantaban a la pareja, en especial a Melanie, al ser una modelo famosa, era asediada por la prensa y a ella toda esa atención le encantaba. La chica medía 1.75, muy delgada, rubia, con los ojos azules, y muy bonita, el sueño de cualquier hombre.

A Marcos le gustaba mucho, y se sentía encantado de lucirla, él también era conocido por muchas personas, pues se encargaba de poner guapos a todos. Eran la pareja perfecta, pero sólo en apariencias, cuando la chica se marchó a Milán se despidieron como si nada, no se extrañaron, no se añoraron, nada, absolutamente nada.

Cuando entraron al restaurante, los llevaron a un reservado, donde pudieran tener intimidad.

— ¡Cariño, me encanta este restaurante! La última vez que vine a Los Ángeles vine con unos clientes, la comida es exquisita, y toda la gente hermosa de la ciudad viene a comer aquí. — Le dijo Melanie muy entusiasmada.

— Y, ¿Cómo sabes que la comida es exquisita? Tú nunca comes nada más que lechuga. — Le dijo Marcos, sonando más brusco de lo normal.

— ¿Se puede saber qué es lo que te ocurre? Desde que fuiste por mí, estás con un humor de perros. — Le dijo la chica, con su tono de voz chillón.

— Lo siento, Melanie. Es que últimamente estoy muy agobiado, con el trabajo y la construcción de la casa. Tengo mil cosas en la mente. — Le respondió Marcos.

— No te preocupes cariño, esta noche yo me voy a encargar de quitarte todo ese estrés que tienes.

Durante la cena, Melanie no paraba de hablar, de contarle todo lo que estaba haciendo en Italia, Marcos trataba de llevar la conversación, pero de verdad se sentía agobiado. Solamente tenía ganas de salir de allí, ir al apartamento, echar un polvo y devolverla a su casa. Sabía que la chica insistiría en quedarse con él, pero algo inventaría.

Cuando llegaron al apartamento, Melanie le saltó encima, estaba desesperada, la chica era muy lanzada en la parte sexual, a Marcos le gustaba, o por lo menos eso creía él, la mayoría de las mujeres con las que se había enrollado eran de esa forma. Él no tenía tiempo ni ganas de conquistar, ni de enseñar a nadie, le gustaban experimentadas.

Los besos de Melanie lo excitaron, de inmediato se olvidó de estrés y cansancio, y de todo lo que tenía en la mente. La levantó haciendo que ella enredara sus piernas en la cintura, para llevarla a la habitación.

La ropa comenzó a volar, cayendo por todas partes, la pasión entre ellos nunca había sido problema, y después de dos meses sin verse, al parecer era mayor. Marcos la besaba por el

cuello, los senos, el vientre, la necesitaba, necesitaba el contacto con una mujer, había estado tan ocupado que ni siquiera ha tenido tiempo de salir con alguna amiga.

Melanie tomó el control y lo empujó, Marcos cae sobre la cama, la chica lo besó por todo el torso, él sabía lo que venía, a ella le encantaba hacer mamadas y se le daba muy bien, así que, ¿por qué negárselo?, y se dejaba hacer todo lo que ella deseaba.

Marcos todavía tenía el bóxer puesto, y ella lo acariciaba por encima de la tela, tenía una enorme erección, Melanie lo tomó por la liga y se lo bajó, el chico estaba muy excitado. Ella le agarró el pene desde la base y comenzó a mover la mano de arriba abajo, y con la otra mano le acarició los testículos.

Cuando estaba como ella deseaba, se humedeció los labios y se lo metió a la boca, succionó primero suave, luego con más fuerza, cuando se dio cuenta que llegaba al límite, se lo sacaba y lo lamía como si fuera una paleta.

Marcos gemía y levantaba la cadera, para que se lo metiera completo, o por lo menos gran parte, el chico tenía muy buen tamaño, y era imposible que le entrara todo. Pero eso es lo que menos le importaba en ese momento, y no era porque fuese desconsiderado ni nada por el estilo, la conoce y sabe que ella es capaz de meterlo todo a su boca.

Melanie buscaba en la mesilla un condón para colocárselo, sabía dónde estaban, había estado allí muchas veces. Con maestría se lo coloca, y sin darle tiempo de nada se subió a horcajadas encima de él, le agarró el pene y se sentó de golpe. Luego empezó a moverse como una posesa, Marcos le acarició los senos, se los amasó y le pellizcó los pezones con fuerza, sabe que era como a ella le gustaba.

La chica se mueve muy bien, tenía las manos apoyadas en las piernas de Marcos, la visión que él tenía era muy excitante, y él no podía más. Con el pulgar le acarició el clítoris que estaba muy duro y en un segundo la chica se corrió, y él la siguió.

Luego se recostó encima de él, ambos estaban sudados y saciados, por lo menos de momento, Marcos contaba con un apetito sexual muy grande, nunca se conformaba con un polvo siempre quería más. Se puso de pie y se metió a la ducha, la chica lo siguió y lo abrazó desde atrás, ella también quería más, y Marcos le proporcionó un delicioso sexo oral.

Afortunadamente para Marcos, Melanie le pidió que la llevara a su casa, porque por la mañana muy temprano tendría que viajar a New York y de allí regresaría a Milán, se despiden con un apasionado beso y con la promesa de volver a verse pronto.

A la mañana siguiente como de costumbre, Marcos fue al gimnasio para su entrenamiento, ese era su momento favorito del día, se sentía relajado y feliz. Estaba sobre la cinta de correr, con los auriculares puestos, se giró cuando vio que alguien se subió a la cinta de al lado y se dio cuenta que es la chica que vio hace unos días, la guapa. Ella le sonrió a modo de saludo y él le devolvió la sonrisa. Tenía los ojos grises, pero no de un gris claro, más bien de un gris como de un cielo tormentoso, preciosos.

Le hizo un repaso completo, era hermosa y muy joven, con un cuerpo precioso, era alta, y con unas piernas largas muy tonificadas. No pudo detallar muy bien sus rasgos porque se pondría en evidencia.

Marcos terminó su tiempo en la cinta y se dirige a las máquinas, cuando alcanzó allí unos minutos, llegó la chica.

— ¡Hola! — Le dijo ella con una sonrisa.

— ¡Hola! — Le respondió Marcos con cara de tonto.

La chica al ver que él no le dijo nada más, se puso a hacer sus ejercicios. Marcos se sintió como un tonto, ni siquiera le preguntó cómo se llamaba, se sintió como cuando era adolescente, que no se atrevía a hablarles a las chicas porque sabía que lo rechazarían.

El resto del tiempo se dedicó a hacer sus pesas, ese día puso especial empeño, se sintió frustrado, de vez en cuando recordaba esos momentos de su vida, donde fue víctima de abusadores, que solo por ser diferente lo agredían y lo hacían sentir basura.

Se marchó del gimnasio y como siempre se fue a la clínica, esa tarde se iba a entrevistar con la decoradora de interiores, quería mudarse cuanto antes a su nueva casa.

La decoradora era muy eficiente y muy talentosa, por algo era la más cotizada de la ciudad, había decorado el hogar de muchos famosos, afortunadamente la mayoría de los muebles que quería colocar en la casa, se podían comprar ya hechos, solo los de la habitación principal y la biblioteca eran hechos a medida, pues Marcos había sido muy específico con lo que quería.

Aprovechando que estaba en la casa y después de despedir a la decoradora, Marcos se puso un bañador, buscó su tabla y se lanzó al mar, allí se sentía totalmente libre. Ese día se había sentido realmente mal, después del incidente con la chica del gimnasio.

Esa semana terminó de transcurrir de manera normal, ningún contratiempo en el trabajo, se reunió con su socio y con los administradores de la clínica, lo hacían todos los meses y al parecer les estaba yendo excelentemente bien, tanto que estaban pensando en una ampliación.

El domingo por la mañana visitó a su madre y a su abuelo, que a sus ochenta años estaba como un roble.

— Hola, hijo. ¡Qué bueno que vienes a visitarnos! — Le dijo su madre.

— Madre, sabes que me gustaría venir más seguido, pero no tengo tiempo. El trabajo absorbe todo mi tiempo y de paso la construcción de la casa me tiene muy agobiado. — Le explicó Marcos.

— ¿Cómo va eso? — Le preguntó Luciana, mientras le servía un café.

— Ya terminaron los contratistas, ahora le toca el turno a la decoradora.

— Hijo, de esas cosas se encarga uno mismo. Necesitas una mujer que le quiera dar el toque de hogar que necesita cualquier casa. — Le reprochó su madre.

— Mamá, ya deja eso. Las mujeres no son como las de antes, esas cosas no les importan mucho, además no tengo ninguna intención de tener una relación seria, por lo menos de momento. — Respondió Marcos.

— Serán las chicas con las que tú sales, a las que no le importan esas cosas, todavía quedan por allí mujeres que quieren hacer que su hogar sea agradable, y ser felices ocupándose de esos detalles tan importantes. — Le dijo Luciana, haciendo alusión a Melanie.

Marcos cambió de tema pues sabía que no iban a llegar a ningún acuerdo al respecto, así que hablaron del abuelo, Luciana no quería seguir dejándolo solo cuando se iba a trabajar, a pesar de que la pastelería quedaba debajo de su apartamento, y que por las mañanas Giacomo insistía en ir con ella, pero por las tardes sí se tenía que quedar solo.

Marcos le sugirió que contrataran a una enfermera, sabían que el abuelo se negaría, pero no podían correr el riesgo de que algo le ocurriera, aún estaba fuerte, pero los accidentes pueden ocurrir en cualquier momento. El chico prometió entrevistar a algunas conocidas, y Luciana también buscaría por su cuenta hasta dar con la ideal.

La siguiente semana, tal y como lo había prometido, Marcos habló con unas cuantas enfermeras de la clínica, sobre todo las que sabía que tenían experiencia con ancianos, seleccionó tres que le parecieron bien, agradables y con mucha paciencia, pues Don Giacomo era de armas tomar.

Todas fueron rechazadas por el abuelo, ninguna parecía caerle bien, así que Marcos dejó el proceso de selección en manos de su madre, pues no tenía tiempo para entrevistar un nuevo grupo de profesionales.

Marcos no volvió a ver a la chica del gimnasio durante esos días, pero no era extraño, pues él había cambiado al horario de la tarde por unos asuntos pendientes en la clínica. La casa ya estaba casi lista, por ese lado estaba más tranquilo.

Esa semana lo llamó por teléfono su amiga Linda, para que fuera a cenar a su casa, lo hacían con frecuencia. Cuando se casó con Thomas, un afamado arquitecto hizo muy buena amistad con él y con Edward así que los chicos siempre eran bienvenidos en el hogar del matrimonio.

— Si no te obligo a venir a comer a casa no te veo, de verdad que eres muy ingrato. — Le reprochó su amiga Linda.

Marcos le regaló una sonrisa a modo de disculpas, sabía que su amiga sentía una debilidad especial por él, al ser el menor, ella siempre lo vio como un hermano pequeño. Él también la quería mucho, y verla tan hermosa con su abultado vientre le hacía sentir mucha ternura.

— ¿Qué piensas hacer para la inauguración de la casa? — Le preguntó Edward a Marcos.

— Nada, suficiente trabajo ya me ha dado todo lo relacionado con la construcción, me voy a mudar y ya. — Le respondió Marcos.

— Cariño, tienes que hacer una cena por lo menos con tus amigos y familiares, así yo tendré la oportunidad de atragantarme con los deliciosos postres que prepara Luciana, y nadie podrá juzgarme porque estoy embarazada. — Dijo Linda sonriendo.

— Como si necesitaras excusas para atragantarte... — Comentó Thomas entre dientes.

Linda lo miró con mala cara y todos estallaron en carcajadas, la camaradería entre ellos era palpable. Marcos se sentía dichoso de tener pocos amigos, pero muy sinceros y valiosos.

Durante la cena, convencieron a Marcos de hacer una pequeña recepción para inaugurar su casa, Linda se ofreció a ayudarlo a contratar el catering, y Edward de comprar el licor, Marcos se encargaría de hacer las invitaciones.

Al día siguiente Marcos retomó su horario habitual en el gimnasio, y para su buena suerte se

encontró de nuevo con la chica preciosa. La chica le sonrió, como lo había hecho días antes. Pero en esa oportunidad él aprovechó para presentarse.

— Hola, me llamo Marcos. — Le dijo ofreciéndole la mano.

— Hola, Marcos. Yo soy Alba. — Le dijo aceptando la mano con una sonrisa, pero se la soltó enseguida, había sentido una extraña corriente.

Se pusieron a hablar de los ejercicios y los entrenamientos, Alba le dijo que ella no dejaba de entrenar ni un día de la semana, estaba aprovechando al máximo la membresía que se había ganado en el concurso. Ese gimnasio en particular era uno de los mejores, pues poseía las instalaciones y aparatos más modernos, y los más capacitados entrenadores de toda la ciudad de Los Ángeles.

Tenía la voz preciosa, Marcos la escuchó atentamente mientras hablaba, algo extraño, pues como le solía ocurrir a las personas con una inteligencia como la de él, se aburría con facilidad, tal y como le ocurría con Melanie y con muchas de las mujeres con las que salía.

Alba tenía algo especial, era muy simpática y sencilla, a pesar de ser una chica preciosa, no tenía esa pose de diva. Tal vez eso era lo que la hacía más hermosa, parecía no estar consciente de su belleza. Todos los hombres del gimnasio se la comían con la mirada, llamaba más la atención que la mayoría de las mujeres que asistían al lugar, y ella se limitaba a hacer sus ejercicios.

El tiempo le pasó volando a Marcos, quería continuar hablando con Alba, pero tenía que ir a trabajar, y ella también parecía tener que hacer algo, pues recogió todas sus cosas muy rápido y se marchó. Cuando Marcos salió al estacionamiento la vio subirse a su bicicleta.

Los días siguientes, Marcos y Alba se encontraron de nuevo en el gimnasio entrenaban juntos, pero él no quiso preguntarle nada personal, aunque se moría de curiosidad. No quería ahuyentarla y que dejara de hacer sus rutinas con él, pues ella hacía que su tiempo en el gimnasio fuera aún más agradable.

Todo estaba listo para la recepción por la inauguración de la casa de Marcos, Linda había hecho la mayor parte del trabajo por teléfono y por internet, pues ya estaba de licencia por el embarazo. Le faltaban pocas semanas para dar a luz y se aburría mucho, así que, se tomó muy en serio lo de organizar la fiesta.

La casa había quedado preciosa, la decoradora había hecho muy buen trabajo, la enorme cantidad que había tenido que desembolsar Marcos había valido la pena. Los ambientes eran elegantes, pero sin ser recargados, y eran totalmente funcionales tal y como él se lo había pedido.

Ya Marcos se había mudado, pues solo había tenido que llevar su ropa y artefactos personales, porque todo lo demás era totalmente nuevo. Se despertaba con la mejor vista de todo el mundo, la del precioso mar de California.

El día de la inauguración, el movimiento de personas comenzó a eso del mediodía. Al parecer Linda había encargado comida acorde a su apetito, la cantidad de bandejas era interminable, mil clases de canapés, aparte de todos los postres que había enviado Luciana, solo eran unos treinta invitados entre amigos y familiares.

Edward también había hecho su trabajo, había un buen surtido de bebidas, pero sobre todo champaña, pues decía que para la ocasión era lo más indicado. Afortunadamente, Marcos contaba con la ayuda de la Sra. Murphy, quien era la que se encargaba de todo lo relacionado con la limpieza y las compras, sin ella, su vida sería un caos. Ella se estaba encargando de la organización de todo.

Marcos se puso para la ocasión un jean negro, con una camisa negra también, y se la remangó hasta los codos. La reunión era informal, eran solo sus amigos más cercanos y su familia.

Los primeros en llegar fueron los Di Stefano incluyendo el abuelo Giacomo, por nada del mundo se perdería la inauguración de la casa de su querido nieto, también asistieron sus tíos Micaela y Carlo con sus respectivas familias. Para Marcos lo más importante en su vida era su familia.

Luego llegó Edward, y a los pocos minutos comenzaron a llegar el resto de los invitados, y los del catering comenzaron a servir. Todo estaba delicioso, Linda se había superado al escoger el restaurante.

Cuando llegaron los Sullivan venían con ellos Melanie, Marcos tuvo que fingir que le agradaba la sorpresa, pero en realidad no le apetecía para nada estar con ella. La chica se le pegó como una garrapata.

Marcos se soltó unos minutos y se fue a hablar con Edward, su amigo se burló de él hasta el cansancio. Una de las chicas del catering se acercó con una bandeja llena de copas de champaña, y esa sí fue una verdadera sorpresa, la chica era Alba.

En el momento que Marcos la iba a saludar, llegó a su lado Melanie, le plantó un beso y se agarró a su brazo. Alba se quedó paralizada observándolos.

— Ya te puedes ir. — Le dijo Melanie con desprecio. — Esas chicas parecen tontas, por eso es que no consiguen nada en la vida.

La chica abrió mucho los ojos, y se retiró. Marcos se soltó bruscamente de Melanie, y fue detrás de Alba. Ella estaba sirviendo a otros invitados, cuando se dio cuenta que la había seguido, lo ignoró, lo que menos quería eran problemas, necesitaba ese empleo y por una tontería no lo iba a perder.

La empresa de catering la llamaba para servir en fiestas privadas y eventos especiales, le pagaban buen dinero y eso la ayudaba a llegar a fin de mes. Solo tenía un empleo de medio tiempo, en un café dentro del campus de la UCLA, no ganaba mucho, pero le alcanzaba para pagar la renta. Vivía con otras dos chicas en Westwood, era un apartamento de dos cuartos, Alba pagaba menos porque dormía en un sofá en el pequeño salón.

Marcos esperó que terminara de servir y la siguió a la cocina.

— ¿Puedo ayudarle en algo, Doctor Di Stefano? — Le dijo Alba.

— Alba por favor, llámame Marcos.

— Eso no es conveniente Doctor, no nos permiten socializar con los clientes. Ahora, si me permite, tengo que seguir trabajando. — Le dijo la chica muy seria.

Marcos se quedó en la cocina mirando hacia donde había salido Alba, tenía que dejarla en paz, no quería que tuviera problemas en su trabajo, pero era muy difícil, esa chica le gustaba mucho, tanto que había tenido que hacer uso de toda su buena educación para no cantarle unas cuantas verdades a Melanie cuando la trató de tan mala manera. Alba era un millón de veces más gentil, educada, hermosa e inteligente que ella.

Alba continuó trabajando, lo menos que ella se imaginó cuando la llamaron para trabajar en esa hermosa casa de Malibú, es que fuera propiedad de Marcos, el chico con el que hablaba casi a diario en el gimnasio. Su compañero de entrenamientos desde hace un mes, no tenía ni idea que fuera un rico cirujano plástico.

Él le caía muy bien, en realidad le gustaba mucho, era muy guapo y muy agradable, tanto que llegó a pensar que entre ellos podía haber algo, pero en ese momento se dio cuenta que eso era imposible. Un hombre como él jamás se fijaría en alguien como ella y de paso, tenía una novia hermosa.

Durante lo que quedaba de recepción, Marcos no perdió de vista a Alba, tanto que no se enteró de nada de lo que le decían. Su familia se despidió primero que el resto de los invitados, el abuelo estaba un poco cansado. Linda y Thomas también se retiraron, pues ella, con lo avanzado del embarazo estaba totalmente agotada.

Los últimos en marcharse fueron los Sullivan, Marcos convenció a Melanie que se marchara con sus padres, pues la casa iba a ser un caos, y que al día siguiente la iría a buscar para salir a almorzar. El único que se quedó con él fue Edward, ambos se sentaron en la enorme terraza al lado de la piscina cada uno con una botella de champaña. Mientras tanto, las chicas se encargaban de limpiar. Marcos seguía sin quitarle la mirada de encima a Alba.

— No tiene nada diferente desde la última vez que la viste. — Le dijo Edward.

Marcos se giró para verlo y estalló en carcajadas. Su amigo lo conocía mucho y sabía que no podía engañarlo.

— Ya sé que no ha cambiado en nada. — Le respondió Marcos. — La conozco, va al mismo

gimnasio donde yo voy, y entrenamos juntos a diario, es muy agradable.

— No sé si es agradable, pero es preciosa y está muy buena. — Dijo Edward.

Si las miradas mataran Edward hubiese caído muerto en ese momento, Marcos no quería que nadie más se fijara en lo hermosa que era la chica, y mucho menos el casanova de su amigo.

La encargada del servicio fue a despedirse de Marcos, y a informarle que todo estaba listo, la Sra. Murphy ya se había marchado. Marcos le dio una jugosa propina para que la repartiera entre las chicas por el excelente servicio.

Alba se quedó mirándolo a la distancia, ese hombre le gustaba demasiado, pero agradecía que entre ellos no hubiera pasado nada, pues sabía que lo único que hubiese obtenido era un corazón roto. Lo difícil sería cuando lo viera de nuevo en el gimnasio.

Alba llegó al pequeño departamento donde vivía, casi a las tres de la madrugada, se dio una ducha rápida y se acostó en su cama improvisada. A pesar del cansancio no se pudo dormir, no podía dejar de pensar en el guapo chico de ojos color miel, lo había decidido, cuando lo viera de nuevo en el gimnasio actuaría como si nada, total, eran amigos solamente.

Al día siguiente, Alba tomó su bicicleta y fue a dar un paseo por Santa Mónica, se detuvo en una pastelería muy famosa, le apetecía comerse algo rico, se permitía hacerlo solo dos veces al mes.

Durante su infancia y adolescencia había tenido muchos problemas de sobrepeso. De hecho, había sido víctima de acoso, un día decidió que cambiaría y no para hacer felices a los demás, sino por su salud, su madre sufría de diabetes y lo más probable es que ella también la sufriera, así que, decidió comenzar a hacer ejercicios y a comer de manera saludable y los cambios se hicieron notables en su cuerpo.

Cuando Alba entró, el delicioso olor la abrazó, se entretuvo viendo la vidriera, todo tenía muy buena pinta y estaba indecisa.

— Te recomiendo los Cannolis o el Tiramisú, son de lo mejor. — Le dijo un anciano a Alba, ella lo reconoció de la fiesta de la noche anterior.

— Gracias, lo tomaré en cuenta. — Se dirigió al mostrador y pidió uno de cada uno, y fue a buscar una mesa donde sentarse, pero todas estaban llenas.

— Ven querida, siéntate conmigo. — Le dijo de nuevo el anciano.

Ella aceptó de inmediato, el señor parecía muy agradable.

Alba se sentó en la mesa donde estaba Giacomo, cuando probó el Tiramisú cerró los ojos, estaba delicioso, luego hizo lo mismo con el Cannoli y también suspiró, estaba muy rico también.

— Te lo dije, son nuestra especialidad. — Le dijo Giacomo, con una sonrisa.

— ¿Usted es el dueño? — Le preguntó la chica.

— Yo la fundé, pero ahora se encargan mis tres hijos. Ya estoy mayor para trabajar, pero me gusta mucho venir por las mañanas a acompañar a mis muchachos. — Le dijo Giacomo, con mucho orgullo.

Alba y Giacomo estuvieron casi dos horas hablando, el señor le contó muchas cosas de Italia, de cuando llegó a los Estados Unidos con solo la ilusión de una vida mejor, le contó cómo se

enamoró de su querida Lucía y como habían comenzado con su negocio.

Alba le contó que era enfermera y que había llegado hacía unos meses desde Washington, decidió marcharse cuando su madre murió, pues sólo eran ellas dos. Se mudó a Los Ángeles para hacer una especialización en el área de Geriatria en UCLA, lo hacía por las noches, pues durante el día tenía que trabajar, aunque de momento solo trabajaba medio tiempo, le había sido imposible encontrar otro empleo con horario flexible para poder ir a sus clases.

— Querida, creo que tengo la solución a tus problemas. — Le dijo el viejo. — Mi familia insiste en que necesito alguien que esté conmigo por las tardes, y creo que tú eres la indicada. Pagan muy buen dinero, debo confesarte que soy un poco difícil, pero sé que nos llevaremos muy bien, eres un encanto.

— Pero, Don Giacomo, usted no me conoce de nada. ¿Cómo sabe que soy lo que necesita? — Le dijo Alba, muy sorprendida.

— Cuando uno llega a viejo los sentidos se agudizan y yo tengo un radar para las buenas personas, y estoy seguro que tú eres de las mejores. — Le dijo con una sonrisa.

La chica sonrió, el viejo era encantador, y ella necesitaba el trabajo, sabía que se llevarían muy bien. Giacomo llamó a su hija Luciana para presentarle a Alba, y le dijo que era su nueva enfermera, su hija se sorprendió, pero Alba la tranquilizó diciéndole que le traería toda la documentación y le daría los números de los lugares donde había trabajado en su ciudad natal para que pidiera todas las referencias.

Y así lo hizo, el día siguiente no asistió al gimnasio, para ir a la pastelería a llevarle toda la documentación que le había prometido a Luciana, la mujer quedó en llamarla por la tarde para avisarle. Alba se fue muy contenta, al fin las cosas comenzaban a mejorar para ella.

Marcos, por el contrario, estaba de muy mal humor, ese día había llegado como de costumbre a las seis de la mañana al gimnasio con la esperanza de ver a Alba, pero ella no había aparecido.

De paso el día anterior, había tenido que aguantar a Melanie, que estuvo insoportable durante la comida, devolvió la comida dos veces porque según ella estaba horrible, y cuando se la cambiaron solo la paseó por el plato, pues ella nunca comía. Cuando salieron del restaurante la llevó directo a su casa, no le apetecía para nada pasar la noche con ella, y por supuesto ella hizo una rabieta.

Cuando salió de la clínica se fue directo a casa, estaba agotado. A los pocos minutos de llegar sonó su móvil, era Luciana, para decirle que ya había contratado a la enfermera, le dijo que la chica era muy joven pero que tenía experiencia con ancianos y excelentes referencias, y lo más importante, que el propio Giacomo la había elegido. Marcos se quedó sorprendido, su abuelo era bastante difícil, y que la hubiese elegido hablaba muy bien de ella, ya se pasaría por casa para conocerla.

Esa noche Marcos soñó con una preciosa chica de ojos grises, y cuerpo perfecto. Por supuesto, amaneció con una dolorosa erección, tuvo que resolverlo en la ducha, se masturbó hasta que se quedó seco. Se vistió y se fue al gimnasio.

Cuando llegó, escaneó con la mirada todo el lugar y la vio, Alba estaba en la cinta para correr, con esos deliciosos pantalones cortos de lycra y un top que solo le cubría hasta debajo de los senos, dejando a la vista su perfecto abdomen.

Él se acercó y se subió a la cinta de al lado, como era su costumbre, ella se giró tenía los auriculares puestos, le regaló una preciosa sonrisa y siguió corriendo. Marcos soltó todo el aire que tenía contenido, por lo menos le había sonreído y eso lo había hecho muy feliz.

Marcos no se explicaba que le sucedía con ella, es cierto era preciosa, pero él había salido con mujeres mucho más despampanantes que ella. Luego él mismo se respondía, es que Alba era la combinación perfecta de belleza, inteligencia, gentileza, simpatía y era sexy a más no poder.

Alba se bajó de la cinta, y fue a las máquinas, le tocaba entrenar piernas, Marcos la siguió.

— Hola, Alba. — Le dijo muy tímido.

— Hola, Marcos. — Le respondió ella. — ¿Listo para entrenar?

El chico la ayudó como todos los días y luego comenzó a hacer sus ejercicios, el tiempo como siempre le pasó volando ninguno de los dos tocó el tema de la fiesta. Allí en el gimnasio, solo eran un par de chicos con una pasión muy grande por la vida fitness.

Alba se despidió de Marcos con su sonrisa habitual, no había tocado el tema de la fiesta pues quería estar cerca de él, aunque fuese los pocos meses que le quedaban en el gimnasio pues después no se lo podría permitir.

Él le encantó desde el primer día que lo vio, era por mucho el chico más guapo del gimnasio, pero cuando trató de acercarse a él, no se lo puso fácil, ella pensó que ella no le caía bien, pero luego se dio cuenta que solo era un poco reservado.

Se subió a su bicicleta con rumbo a su trabajo en la cafetería. Esa tarde empezaría en su nuevo empleo, acompañando a Don Giacomo, ese viejito encantador.

Alba llegó diez minutos antes de las dos de la tarde a casa de los Di Stefano, su horario comenzaba a las 2:00 de la tarde, pero quería recibir todas las instrucciones acerca de las medicinas o la alimentación de Don Giacomo.

Luciana le dijo que su trabajo básicamente consistía en estar con él hasta las seis de la tarde, no tomaba ningún medicamento específico, solo el de la presión y era por las mañanas.

Por la tarde solo comía una pequeña merienda, que debía ser lo más saludable posible, de preferencia una fruta, pero Luciana sabía que lo más probable es que su padre la convenciera para que le diera algo dulce.

La casa de los Di Stefano no era lujosa, pero tenía una cocina preciosa con electrodomésticos de última generación, a Alba le encantaba cocinar, de hecho, lo hacía muy bien, su madre había tenido serios problemas de salud durante toda la vida, y ella tuvo que aprender a prepararle sus alimentos.

Cuando tuviera más confianza le haría los postres que había aprendido a preparar, todos sin azúcar, aunque sabía que Don Giacomo no tenía ningún problema, pues había pedido sus últimos análisis para revisarlos y saber a qué atenerse, a esa edad era recomendable comer lo mejor posible.

Durante la primera y la segunda semana en su nuevo trabajo todo había ido bien, excelente en realidad, a Don Giacomo le gustaba mucho ver películas antiguas y Alba le había buscado en las plataformas de Internet las mejores.

Los dos veían una película, luego ella le servía algo de comer, y más tarde jugaban ajedrez, la chica lo había aprendido en la escuela, pues nadie quería jugar con ella porque era la gorda del salón. Ella se refugiaba en la biblioteca y allí le enseñó la bibliotecaria.

El martes de la tercera semana, Alba estaba sentada con Giacomo en el sofá, ambos estaban comiendo una tarta que ella le había hecho el día anterior, se estaban riendo por algo que habían visto en la televisión. Escucharon la puerta principal, pero ninguno de los dos hizo mucho caso, a veces alguno de sus hijos subía a buscar algo, pero en esa oportunidad no era ninguno de ellos.

— Hola, Nonno. — Saludó Marcos con voz ronca.

— Hijo mío. Ven aquí, te presento a mi enfermera, mi preciosa Alba. — Le dijo el viejo.

Marcos dio la vuelta para colocarse enfrente al mueble donde ellos estaban sentados, estaba de espaldas a la puerta. Alba se puso de pie, sin mirar hacia el frente, pues se estaba alisando el uniforme. Cuando levantó la mirada, se quedó en una pieza, el nieto de Don Giacomo era nada más y nada menos que el hombre que la traía por la calle de la amargura. El guapo Doctor Marcos Di Stefano.

— Hola, Alba. Qué casualidad. — Le dijo Marcos muy sorprendido.

— Sí, Doctor Di Stefano. Qué pequeño es el mundo. — Le dijo Alba en tono formal, pues se había dado cuenta que era su empleada, ella sabía que él y Giacomo eran familia, pero no que era su

abuelo, más bien pensó que era algún tío o pariente lejano y que era poco probable que se encontraran.

— Y, ¿se puede saber de dónde se conocen ustedes? — Le dijo el viejo con una sonrisa pícaro.

— Alba y yo vamos al mismo gimnasio. Somos amigos. — Le respondió el chico a su abuelo, pero sin quitarle la mirada de encima a Alba.

— Oh, Albita querida puedes servirle un trozo de tarta a mi nieto, está pálido, debe ser que tiene hambre. — Le dijo Giacomo, en tono sarcástico.

— Claro Don Giacomo, enseguida.

La chica se fue a la cocina, y Marcos la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. Giacomo carraspeó y el chico se volteó a ver a su abuelo.

— ¿Se puede saber qué es lo que te ocurre? Te has quedado pálido, hijo mío. — Le preguntó el abuelo.

— Nada abuelo, es que estoy un poco cansado. — Respondió Marcos.

Giacomo asintió, era un zorro viejo y conocía muy bien a su nieto, él lo había criado, y sabía que algo le pasaba con Alba. En ese momento la chica salió con un trozo de tarta, y se lo entregó a Marcos.

Él lo tomó, pero cuando lo hizo le rozó los dedos, y ambos sintieron la misma corriente que habían sentido la primera vez que se tocaron, cuando estrecharon sus manos en el gimnasio, desde ese día hacían juntos sus ejercicios, pero mantenían las distancias e increíblemente no sé habían vuelto a tocar.

— Guao, está deliciosa. ¿Esta receta es nueva? ¿Quién la inventó? ¿Mamá o Tío Carlo? — Preguntó Marcos saboreándola.

— Ninguno, la hizo Alba. A parte de preciosa, es un encanto, y tiene talento para la pastelería y para la cocina. Es la mujer perfecta. Si tuviera unos 50 años menos ya me encargaría yo de conquistarla. — Dijo Giacomo, sonriéndole a Alba y ella le devolvió la sonrisa.

Marcos se quedó con la boca abierta por el comentario de su abuelo, y por la tierna sonrisa que ambos se habían regalado. Su abuelo se veía contento.

— Está muy rica, Alba. Pero no te dejes engatusar, el abuelo no puede comer mucha azúcar, a su edad no es conveniente. — Le dijo Marcos.

— No se preocupe, no contiene azúcar, es especial para diabéticos. — Le respondió ella con tono profesional.

— ¿En serio? ¡Eso es excelente! Y por favor tutéame, me haces sentir mayor además en el gimnasio lo haces no veo porque aquí tiene que ser diferente. — Le dijo él con una sonrisa.

Marcos se quedó el resto de la tarde allí, jugó con su abuelo ajedrez y Giacomo le dijo que prefería jugar con Alba, pues era una oponente más fuerte. Cuando Luciana llegó se quedó sorprendida que su hijo se hubiese quedado tanto tiempo de visita.

— Con permiso, yo me retiro, voy a llegar tarde a clases. Hasta mañana Don Giacomo. — Alba se acercó al abuelo y le dio un beso.

Marcos se quedó como tonto al ver lo bien que se llevaban los dos.

— Yo te puedo llevar, Alba, no tengo ningún problema. — Se ofreció Marcos.

— Claro que sí hijo. Albita, aprovecha, así llegas a tiempo a tus clases. — Le dijo Giacomo en tono alegre.

Alba no pudo negarse, ese viejo bribón sabía cómo conseguir cualquier cosa de ella, era adorable. Marcos se despidió de su madre y de su abuelo, y bajó con Alba. Ambos iban en silencio, no sabían qué decir. Lo único que él sabía es que iba a aprovechar el corto viaje hasta el campus para conocerla mejor.

Cuando estuvieron dentro del coche, Alba inspiró, le encantaba el olor de Marcos, era una mezcla entre jabón, colonia, y su propio olor. Cuando estaban en el gimnasio, aunque estuviera sudado, olía delicioso, y en ese espacio tan pequeño era muy excitante.

Alba tenía mucho tiempo que no tenía sexo, casi dos años, con la enfermedad de su madre y posterior a su muerte no había tenido tiempo de salir con nadie. Luego, cuando llegó a Los Ángeles lo único que hacía era trabajar y tampoco conocía a mucha gente.

Alba era muy selectiva, con veinticinco años había tenido una sola relación larga, de unos tres años, pero terminaron cuando se dieron cuenta que no querían lo mismo. Alan, como se llamaba el chico, era mayor que ella, y quería casarse.

Pero Alba era muy joven y quería terminar su carrera y tampoco estaba dispuesta a dejar sola a su madre. Terminaron en buenos términos, de hecho, todavía eran amigos. Luego había salido con un par de chicos por unos meses, pero luego no prosperaban.

— Tengo que decirte que estoy muy sorprendido, mi abuelo no se lleva bien con casi nadie. Tiene un carácter muy fuerte, y de paso, es muy desconfiado. ¿Qué has hecho para que te trate de esa forma? — Le preguntó Marcos, tratando de romper el hielo.

— Nada, creo que fue amor a primera vista. Nos conocimos en la pastelería, hablamos largo rato y él mismo me ofreció el trabajo. Es un amor. — Le dijo la chica, y él la miró fascinado. Habló con mucho cariño de su abuelo, y lo más importante le pareció sincera.

— Aún no has terminado la carrera ¿verdad?

— Si ya me gradué, ahora hago una especialización en Geriátrica. La estaba haciendo en Washington, pero mi madre murió hace unos meses y quería dejar todo atrás, por eso me traslade a Los Ángeles, siempre me llamó la atención esta ciudad. En un par de meses terminaré el curso. — Le explicó.

Marcos estaba encantado, en apenas quince minutos sabía más de ella, que en los últimos dos meses que habían estado juntos en el gimnasio. Hablaba de manera muy pausada, tenía una voz muy dulce se sentía muy cómodo con ella, y sin darse cuenta habían llegado a la universidad.

— Hasta mañana, gracias por traerme. — Le dijo la chica, mientras abría la puerta de coche para bajarse.

— No es nada, nos vemos mañana en el gimnasio, descansa. — Le respondió Marcos.

Se quedó unos minutos observándola, mientras entraba en el edificio donde tomaba sus clases. Marcos se sentía feliz, por fin se había acercado a Alba, ahora tenía la excusa del abuelo, para

hablar más seguido con ella. Se sentía como un tonto, con otras mujeres se le hacía muy sencillo abordarlas, pero con ella era muy distinto, no quería arruinarlo.

Al siguiente día en el gimnasio, Alba parecía más relajada, compartieron su rutina como todos los días. Un chico que solía ir en el mismo horario, la invitó a tomarse un zumo en la cafetería del gimnasio y ella aceptó. Marcos casi le da un puñetazo al chico por atreverse a invitarla, Alba se despidió de él con un simple “nos vemos mañana”.

Cuando iba caminando hacia la cafetería, el chico le puso la mano en la cintura, Marcos apretó los puños con fuerza, Alba era totalmente ajena a lo que pensaban los hombres de ella. Era una mujer muy sexy y que despertaba pasiones, de eso estaba seguro, pues él era uno de los que estaba totalmente obsesionado con ella. Necesitaba poseerla y no iba a permitir que cualquier baboso se la arrebatará.

Tenía que actuar, necesitaba conquistarla para que se acostara con él, estaba casi seguro que luego de un par de polvos se olvidaría de ella. Lo único que lamentaba es la excelente relación que ella tenía con su abuelo, pero ni siquiera tendrían que verse, él por lo general visitaba a su familia los fines de semana. El día anterior, había ido simplemente porque quería entrevistar a la enfermera, quería estar seguro de que estuviera capacitada a la hora de una emergencia.

Desde donde Marcos estaba haciendo sus pesas se veía perfectamente el área donde estaba Alba con el chico, ella sonreía, con esa sonrisa tan encantadora que tenía. Se puso de muy mal humor, pues deseaba que esas sonrisas fueran solo para él.

Alba por su parte había aceptado tomarse el zumo con el chico, pues quería hacer amigos, no conocía a mucha gente, y le pareció amable y simpático. Desde que se había mudado a la ciudad había estado muy ocupada trabajando por las mañanas y buscando empleo para el turno de la tarde, y luego en las noches asistía a clases. Pero ya se sentía un poco más tranquila, la familia Di Stefano le pagaba muy bien por acompañar a Don Giacomo y en menos de un mes ya terminaría con las clases.

Marcos no aguantó más y se marchó antes de tiempo, se sentía enfermo de solo pensar que otro chico pudiera conquistar a Alba, pero debía moverse con cautela, una escena de celos en ese momento lo hubiese perjudicado, porque no tenía ningún derecho.

Esa tarde no pudo ir a casa de su familia, estuvo muy ocupado en la clínica, sus horarios no coincidían, tendría que ponerse creativo para poder estar más tiempo con ella y de manera providencial.

Le informaron que una de las enfermeras de la clínica y con las que él trabajaba directamente se ausentaba por un mes por sus vacaciones, y por supuesto a él no se le ocurrió nadie mejor que Alba, con ese mes tendría más que suficiente para acostarse con ella y luego cada quien a lo suyo.

Al día siguiente por la mañana en el gimnasio habló con la chica, la oferta era muy buena, lo que le ofrecía Marcos por el mes de suplencia, era casi lo que ganaba en tres meses en el café, así que aceptó de muy buena gana.

Casualmente, esa semana en que Alba comenzó a trabajar, fue su cumpleaños, Marcos no lo sabía, se enteró por Don Giacomo que lo llamó para decirle que Luciana le haría un pastel para celebrarlo en su casa. Pero el viejo le dijo a su nieto que los acompañara, pues solamente iban a ser ellos dos, y quería que le comprara algo en su nombre.

Marcos le compró una cadena con un colgante en forma de corazón y un enorme ramo de rosas rojas. Alba esa tarde se sentía un poco triste, pues era el primer cumpleaños sin su madre, Giacomo no le dijo nada, iba a esperar que llegara su nieto con el regalo.

Cuando Marcos entró a la casa con el ramo de rosas a Alba se le iluminaron los ojos, había pensado que el abuelo se había olvidado, Luciana también subió unos minutos para cortar el pastel. La chica se hacía querer y la madre de Marcos también la apreciaba mucho.

Conmovida abrió la pequeña cajita de terciopelo donde estaba la cadena con el colgante, y las lágrimas no se hicieron esperar, inmediatamente le dio un beso a Don Giacomo y luego le dio un fuerte abrazo a Marcos.

El chico se sintió encantado, tanto, que la estrechó entre sus brazos y se agachó para meter su cara en el hueco del cuello, Alba olía delicioso, tenerla así tan cerca fue lo máximo, tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no besarla.

Cuando se soltaron se quedaron mirando a los ojos, Giacomo se había quedado en silencio observando la escena. Tenía que hacer algo para unir a esos dos, esa chica era de oro puro, no como las chicas superficiales con las que solía salir su nieto.

— Marcos, por qué no invitas a Albita a cenar, para que termine de celebrar su cumpleaños. — Le dijo Giacomo.

Los dos chicos se miraron con cara de no saber qué hacer.

— Claro, por supuesto. Me encantaría que fuera a cenar conmigo esta noche, pero creo que tenemos que preguntárselo a ella. — Dijo Marcos.

— Vas a ir comer con mi nieto, ¿verdad? Complace a este viejito, si yo pudiera llevarte lo haría.

— Le dijo Giacomo, tratando de manipularla.

— Pero, Don Giacomo, yo ni siquiera vine preparada. No puedo ir a comer con el Doctor vestida de esta manera. — Argumentó la chica.

— Por eso no te preocupes, te llevo a tu casa para que te cambies y te espero. — Respondió Marcos.

A Alba no le quedó más remedio que aceptar, hubiese sido muy grosero de su parte rechazar la invitación, y ¿para qué negarlo?, estaba loca por ir a cenar con Marcos.

Tal y como habían planeado, Marcos llevó a Alba a su casa para que se cambiara y se quedó esperándola dentro del coche. La chica subió corriendo hasta el tercer piso, que era donde estaba el pequeño apartamento donde vivía.

Elizabeth su compañera de piso se quedó sorprendida cuando la vio llegar, pues Alba solía llegar cerca de las diez de la noche.

— Alba, ¿ocurrió algo? — Le preguntó la chica.

— No, tranquila. Aunque se pudiera decir que es una emergencia de moda. Mi jefe me ha invitado a cenar por mi cumpleaños y no tengo nada que ponerme, ni modo que vaya con ropa de gimnasio, o un jean o con uniformes de enfermera, y eso es lo único que tengo. — Respondió Alba, al borde del llanto.

— Por eso no te preocupes, entre mi guardarropa y el de Susan encontraremos algo. — Le dijo la chica.

Las chicas eran aspirantes a actriz, y disponían de uno que otro modelito con el que iban a los castings, encontraron un vestido negro, con un escote muy bonito en la espalda, era entallado y llegaba justo por encima de las rodillas. Se lo combinó con unas sandalias de tacón alto y de tiras muy sexys en rojo, y con el bolso a juego.

Se dio una ducha muy rápida, pues no tenía tiempo para nada más, Elizabeth la maquilló muy rápido pues trabajaba como maquilladora para mantenerse, mientras encontraba su oportunidad en la actuación.

Marcos la esperó pacientemente recostado del coche, las chicas que pasaban por el lugar se le quedaban mirando, era un hombre demasiado guapo y con una elegancia increíble.

Alba bajó despacio, pues no estaba acostumbrada a usar tacones tan altos, cuando llegó al portal, respiró profundo y salió a su encuentro, en ese momento supo que había valido la pena el esfuerzo, el chico la miró y se quedó con la boca abierta.

Inmediatamente se le acercó y le colocó la mano en la cintura para escoltarla hacia el coche, le abrió la puerta como todo un caballero y ella se sentó con cuidado, lo que menos quería era enseñarle la ropa interior. Marcos se sentó del lado del piloto y luego se giró hacia ella.

— Alba, estás preciosa. Creo que esta noche voy a ser el hombre más envidiado de todo el restaurante. — Le dijo mientras se la comía con la mirada.

Ella le dio las gracias e inmediatamente bajó la mirada hacia su regazo, se sentía avergonzada, nunca nadie le había hablado de esa manera, ni siquiera su novio de tres años.

Entre ellos todo había comenzado muy diferente prácticamente comenzaron a salir sin darse cuenta pues eran vecinos y se conocían de toda la vida, y aparte de eso ella nunca se había sentido hermosa a consecuencia de sus problemas de obesidad durante la infancia y adolescencia.

Puso el coche en marcha hacia el restaurante donde había llevado a Melanie unas semanas atrás, en Beverly Hills. Alba observaba todo con mucha curiosidad, nunca había estado en un lugar tan

lujoso y tan bonito.

Marcos había llamado al chef, dueño del restaurante, mientras esperaba a que se cambiara, la lista de espera era muy larga, pero, Marcos era el cirujano de la esposa del chef y por supuesto consiguió una mesa para él enseguida.

Los llevaron a un reservado, el mejor, por la intimidad que brindaba, Alba le agradeció al mesero con una sonrisa cuando les sirvió el vino. Cuando les llevaron la comida, la disfrutó mucho, la cena fue estupenda. Al terminar el chef se acercó a saludar, la chica con mucha educación lo felicitó por tan deliciosos platos. El hombre al igual que el mesero, quedaron prendados de ella.

Al salir de allí todavía era temprano, y Marcos la invitó a un bar que le gustaba mucho, el ambiente era muy agradable y la música muy buena. Ella al principio se negó, pero él la convenció diciéndole que al día siguiente no tenían que trabajar pues era sábado, y Alba aceptó.

Se sentaron en uno de los rincones más apartados, para suerte de Marcos era el único lugar disponible, era una de esas mesas con un sillón que hacía esquina, y que hacía que la pareja que la ocupara tuviera que compartir el asiento.

Marcos pidió de nuevo vino blanco, pues no le gustaba mezclar, no podía tomarse más de una copa, pues debía llevar a Alba y luego conducir a su casa. Hablaron de muchas cosas, Marcos prácticamente la había interrogado, quería saber todo de ella, la chica contestaba a todas sus preguntas, total, no tenía nada que ocultar.

— Ahora es mi turno. ¿Tú novia no se molestará porque saliste a cenar conmigo? — Le preguntó Alba a Marcos, envalentonada por el par de copas de vino.

— Yo no tengo novia, Alba. — Respondió Marcos, con una sonrisa de lado.

— Y, ¿Quién es la chica rubia que te besó el día de la recepción en tu casa? — Preguntó de nuevo.

— Ah, ella, es una amiga. Hace tiempo tuvimos una relación, pero esa es agua pasada. — Respondió Marcos.

— Yo creo que ella todavía no se ha enterado de eso. — Contestó Alba, y se comenzó a reír.

Marcos no pudo evitar reírse también, Alba lo había pillado, pero en realidad eso era para él, Melanie era agua pasada. Se veía preciosa riéndose, Marcos no pudo evitarlo y le acarició la mejilla, Alba se estremeció.

— Alba, eres preciosa, me encantas, me tienes totalmente loco. — Le dijo Marcos, con voz ronca.

Se acercó un poco más quedando a centímetros de distancia, Marcos acercó sus labios a los de ella, le dio un casto beso, y ella no lo rechazó, luego le dio un mordisquito en el labio inferior, y ella abrió la boca, cuando lo hizo, aprovechó y metió la lengua, ella también se entregó al beso, era una sincronía perfecta, sus bocas parecían estar hechas para complementarse.

Cuando se separaron, se miraron a los ojos, Alba se percató del fuego en la mirada de Marcos, su pupila estaba muy dilatada y respiraba muy fuerte. Ella también estaba agitada, sentía la entrepierna húmeda y caliente, se había excitado con ese beso.

Marcos la tomó de la mano y la obligó a ponerse de pie, y salió con ella tomada de la mano, caminó muy rápido hacia el coche, Alba apenas podía seguirle el paso, él era mucho más alto que ella, y de paso, los tacones no la ayudaban.

Cuando se subieron al coche, Marcos volvió a besarla, pero con más deseo que la vez anterior, besaba delicioso, en el coche se escuchaba solo el sonido de los besos y de los corazones latiendo a mil por hora. Marcos fue el primero en despegarse, aunque a regañadientes, tenía que conducir, había decidido llevarla a su casa. Esa noche la haría suya.

Alba se dio cuenta del rumbo que había tomado Marcos, sabía que se dirigían a su casa de Malibú, y decidió que se arriesgaría, el chico le gustaba mucho, demasiado más bien, y quería estar con él. Por primera vez en su vida actuaría de forma impulsiva.

Marcos tomó una de sus manos y la colocó encima de su muslo, el gesto le pareció tan íntimo a Alba, que casi empieza a gritar de la emoción. Cuando llegaron a la casa, él le abrió la puerta del coche, y la abrazó, habían hecho el recorrido desde el restaurante en silencio, pero no había sido para nada incómodo.

Cuando entraron, las luces se encendieron, Alba pudo apreciar el lujo y la belleza de la casa, el día de la recepción no se apreciaba tan bien, lo más bello eran las preciosas vistas.

— ¿Quieres tomar algo? — Le preguntó Marcos, mientras ella admiraba por la enorme pared acristalada.

Ella negó y él la abrazó por la espalda, Alba sintió la erección de Marcos en su trasero, y se excitó. El chico comenzó a darle pequeños besos desde la nuca hasta la oreja y se devolvía, Alba echó la cabeza hacia atrás y la recostó sobre su hombro. Marcos aprovechó para besarla en el cuello y luego en los labios.

Con una mano le acariciaba el vientre, y con la otra los senos. Alba soltó un gemido suave pero muy sexy, que hizo que Marcos se volviera más loco de lo que ya estaba. La giró para poder besarla como quería. Mientras la besaba le subió la falda hasta los muslos, la levantó para que colocara las piernas alrededor de la cintura, y la llevó al piso superior, a su habitación.

Cuando entraron, Marcos la puso de nuevo en el suelo, sus lenguas siguieron con su danza frenética, estaban hambrientos el uno del otro, Alba subió sus manos y le acarició el cabello, él gimió en respuesta.

— Dios, te deseo tanto, pero tienes que estar segura que tú también quieres esto. — Le dijo Marcos, sin saber porqué.

Alba bajo las manos acariciándole la espalda, y cuando llegó al musculoso trasero de Marcos lo atrajo hacia ella, quería sentirlo, quería sentir su dureza.

— Supongo que eso responde a mi pregunta. — Dijo Marcos.

Alba asintió, aún con los labios pegados a los de él, Marcos la empujó y la recostó de una de las paredes de la habitación. Movía la cadera para que ella lo sintiera, para que sintiera como lo tenía, la polla le dolía de tanto tiempo que la había tenido así, desde que la vio salir de su edificio con ese vestido entallado.

Alba también lo necesitaba, Marcos siguió frotándose contra ella, sintió la erección en el lugar justo, de continuar así se iba a correr y ni siquiera se habían desnudado.

Marcos metió la mano entre los muslos y apartó la ropa interior, con uno de sus dedos comenzó a acariciarle el clítoris, ejerciendo la presión justa, y le mordió suavemente los labios y luego le pasó la lengua. El chico besaba delicioso y la acariciaba delicioso también, tanto, que en cuestión

de segundos Alba se corrió en su mano.

Sacó la mano con la que la masturbó y le pasó el dedo por los labios a Alba para que probara su sabor, luego la besó para poder disfrutar también del delicioso néctar. Ella sintió que los colores se le subieron al rostro- ¿Cómo es posible que se hubiese corrido de esa forma? Siempre le costó mucho correrse, solo lo hacía cuando ella misma se daba placer, nunca tuvo un orgasmo con ningún chico, pero Marcos lo consiguió en unos minutos.

— No te avergüences, no sabes el espectáculo que me acabas de regalar. Mirarte mientras te corrías con mi mano, es una de las cosas más hermosas que he visto en la vida. Ahora voy a hacer que te corras con mi lengua, con mi polla, no voy a dejar espacio de tu cuerpo sin poseer. — Le dijo Marcos con un tono de voz muy sexy.

Esas palabras hicieron que se excitara de nuevo. Marcos le bajó la cremallera del vestido para quitárselo, quería tenerla desnuda. Alba hizo lo propio con los botones de la fina camisa que él tenía puesta.

Cuando el vestido cayó, Marcos se apartó para verla, no tenía sujetador pues el vestido no lo permitía, tenía una diminuta tanga de encaje rojo, y la polla le dio un brinco dentro de su prisión de tela. Alba se acercó sin despegar ni un segundo la mirada, y le quitó el cinturón, luego con las manos temblorosas soltó el botón, y por último bajó la cremallera.

Marcos la ayudó sacándose las mangas del pantalón con rapidez, el chico era músculo por todas partes, pero no de los que suelen ser chocantes, era total definición, y eso acompañado del perfecto bronceado que tenía, hacían que pareciera un dios griego.

Alba lo acarició tímidamente por encima de la tela del bóxer, Marcos gimió y ella se sintió con más confianza, lo tomó por la liga y se lo bajó, Marcos hizo lo mismo que con los pantalones, se los bajó, se los sacó por los pies y los apartó con una patada.

Marcos tenía la polla enorme, Alba nunca se había acostado con un chico con esas dimensiones, y no es que lo haya hecho con muchos, apenas cuatro, pero de verdad era muy grande y muy grueso desde la cabeza hasta la base, lo tenía ligeramente curvado hacia arriba y le llegaba al ombligo, estaba totalmente depilado lo que le pareció aún más excitante. No le gustaban los hombres con mucho bello, y Marcos tenía una fina capa sólo en las piernas, definitivamente era perfecto.

Cuando terminaron de explorarse volvieron a la acción, ambos estaban de pie y se acariciaban por todas partes mientras se besaban. Marcos la llevó con cuidado hasta la cama, la tendió y le deslizó la tanga por las piernas, Alba también estaba depilada en su totalidad y Marcos sonrió, no veía la hora de comerle ese delicioso y rosado coño. Pero lo haría después, había esperado mucho y necesitaba estar dentro de ella o de lo contrario la polla le explotaría.

Marcos le besó todo el cuerpo, Alba era deliciosa, olía delicioso, tenía los senos perfectos, ni muy grandes ni muy pequeños, le cabían en sus manos, parecían estar hechos para él, para su disfrute, para su placer.

Alba gemía, y arqueaba el cuerpo buscando más, necesitaba sentirlo más cerca, quería tenerlo dentro, Marcos la besó de nuevo en la boca, buscó en la mesilla de noche un condón, y se lo colocó en tiempo récord. Colocó la punta del pene en la entrada de Alba y la acarició de abajo hacia arriba, luego metió uno de sus dedos para comprobar que estuviera lista.

Estaba muy húmeda, colocó una mano por debajo de su cadera para levantarla y metió la gruesa

cabeza de la polla, y se detuvo, sabía que la tenía bastante grande y no quería hacerle daño, tenía que hacerlo despacio, y cuando ella se amoldara a su tamaño podría penetrarla con fuerza.

Alba sintió una presión en su vagina, luego un ligero dolor, estaba muy cerrada, tenía mucho tiempo que ni siquiera usaba su amigo de silicón, durmiendo en el salón no le daba mucha privacidad. Marcos estaba haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, tenía por todo el cuerpo una ligera capa de sudor, de tanto contenerse.

Alba quería tenerlo todo adentro, le daba un poco de temor, pero también tenía muchas ganas. Le rodeó la cadera con las piernas, y eso hizo que Marcos se adentrara un poco más en ella.

— Nena, ¿te sientes lista para recibirme completo? — Le dijo Marcos entre jadeos.

Alba no podía creer que aún faltara, se sentía llena, pero el deseo hizo que asintiera, y Marcos empujó un poco más, estaban totalmente conectados. El chico se retiró casi en su totalidad de dentro de ella y empujó de nuevo, esta vez más fuerte. Alba se sentía como flotando, ese hombre se movía con maestría a un ritmo constante, ni muy lento ni muy fuerte. Marcos jadeaba, Alba gemía.

— Ya estás casi lista cariño, quiero que nos corramos los dos juntos, pero a mí me falta un poco.

— Le dijo Marcos.

¿Cómo demonios sabía que ella estaba a punto de correrse?

— Unos cuantos movimientos más. Ahora nena, córrete conmigo, vamos.

Alba se corrió por primera vez en su vida con la penetración, los dos al mismo tiempo como Marcos se lo había pedido. En ese momento los dos pensaron al mismo tiempo que estaban muy, pero muy jodidos.

Cuando terminaron, Alba trató de ponerse de pie, y Marcos la atrajo hacia él de nuevo. No había tenido suficiente de ella, no iba a permitir que se marchara, quería saciarse para sacársela de la cabeza y dejar las cosas hasta allí.

— Quédate conmigo esta noche. — Le dijo Marcos.

— No puedo, mañana tengo que trabajar temprano. — Respondió Alba, dándole un beso en los labios.

— Te prometo que nos levantamos a buena hora y te llevo. — Respondió Marcos.

— Está bien, pero no puedo faltar, ni llegar tarde, los mortales no podemos darnos ese lujo. — Le dijo la chica, con una sonrisa.

Esa noche tuvieron sexo de nuevo, pero lo hicieron con calma, saboreándose uno al otro, disfrutando del momento. Por la mañana, como Marcos le había prometido la llevó a su casa para que se cambiara y luego la dejó en su trabajo. Después se fue a casa de su madre.

Desayunó en la pastelería con el abuelo, el viejo lo observaba con detenimiento, pero no le preguntó nada acerca de la cena con Alba. Dejaría pasar unos días para ver si el cabezota de su nieto se daba cuenta del tesoro de chica que era su enfermera.

Por la tarde Marcos llamó a Edward para salir a tomar algo, por supuesto su amigo aceptó encantado, nunca rechazaba ninguna invitación. Quedaron para verse en un bar.

El lugar estaba de moda, la gente más hermosa solía ir, de hecho, esa noche estaba lleno de mujeres que, al ver a ese par se les acercaban dejando claro que querían diversión, pero Marcos tenía la cabeza en otro lugar, específicamente pensando en unos ojos grises y cuerpo de tentación.

— ¿Qué te ocurre? Acaba de pasar enfrente de ti una chica guapísima, te estaba coqueteando y ni siquiera te has volteado a verla. — Le dijo Edward.

— Hoy no estoy de ánimos. — Respondió Marcos, bebiendo de su copa.

— ¿No estás de ánimo para follar? Tienes que estar loco.

— Anoche salí, y no me hace falta. Ya déjalo hasta allí.

— ¿Y se puede saber con quién? ¿Acaso Melanie está en la ciudad? ¿Y desde cuándo por el hecho de follar la noche anterior, no tienes ánimo de acostarte con otra chica guapa?

— No, no está en la ciudad. ¿Recuerdas la chica que trabajó con los de catering el día de la inauguración de la casa? Pues con ella.

— ¿La guapa de cuerpo de infarto? ¿La que entrena contigo en el gimnasio?

Marcos asintió y siguió con su bebida, Edward se le quedó observando, algo le pasaba a su amigo, pues solía tener una vida sexual bastante movida, casi tanto como él, y por nada del mundo hubiese rechazado a una mujer como la que acababa de insinuársele a Marcos.

Alba había llegado muy cansada del trabajo la noche anterior, el trabajo fue en un evento durante

todo el día. Cuando llegó a casa se dio una ducha rápida y se acostó, pero no pudo dormir bien pensando en lo ocurrido con Marcos, sabía que era solo sexo, por lo menos para él, así que, no se iba a ilusionar mucho.

No quería que las cosas se complicaran y su trabajo se viera perjudicado, tenía que ponerle fin a al asunto, pero le iba a ser muy difícil Marcos le gustaba muchísimo. El día siguiente no trabajaba, se dedicó a hacer la colada y organizar un poco el apartamento, sus compañeras de piso eran bastante desorganizadas y a ella le molestaba vivir con desorden, deseaba poder conseguir un empleo fijo para poder mudarse sola.

Se había postulado para un puesto fijo con turno completo en el Ronald Reagan UCLA Medical Center, si era seleccionada, tendría un buen sueldo y un horario fijo. Lo único que lamentaba era que lo más probable es que tuviera que dejar de cuidar a Don Giacomo, pero seguiría visitándolo cada vez que tuviera tiempo, se había convertido en alguien muy importante para ella.

Ese lunes cuando entró al gimnasio estaba muy nerviosa, Marcos no la había llamado de nuevo y ella tampoco lo había hecho, estaba consciente de que ella no era nada serio para él, así que, no se iba a poner en el papel de chica intensa que por un polvo se cree la prometida del hombre.

Marcos ya estaba allí cuando ella se subió a la cinta de correr, como todas las mañanas era lo primero que hacían. Alba lo saludó como siempre con una pequeña sonrisa y se puso sus auriculares y comenzó a correr. Marcos la miraba de reojo, se veía preciosa, la recordó bajo su cuerpo, respiró profundo para no pasar una vergüenza pues con la ropa de deporte no iba a poder disimular una erección.

Cuando Alba se bajó para ir a trabajar con las máquinas, el chico que la había invitado a tomar el zumo se le acercó de nuevo. Ella lo saludó y comenzaron a entrenar juntos. Él joven era como de su edad y Marcos no pudo evitar ponerse furioso, tanto que se marchó sin terminar su rutina diaria.

Al llegar a la clínica, Alba ya estaba allí.

— Buenos días, Señorita Roberts. — La saludó secamente Marcos.

— Buenos días, Doctor Di Stefano. — Le respondió ella en el mismo tono.

Marcos apretó mucho los puños, estaba furioso todavía por el comportamiento de ella en el gimnasio. Quería que le dedicara esa sonrisa a él, solo a él. Luego él mismo se reprendió, pues eso era lo que quería ¿o no?, un polvo y nada más. Y entonces, ¿por qué se sentía así?

Y para colmo de males, esa mañana le tocaba a ella asistirlo en los procedimientos, así que, tenían que estar muy cerca el uno del otro. Cada vez que ella se le paraba a un lado, él podía aspirar su delicioso aroma, a vainilla, a flores, no era un perfume de esos costosos que solían usar las chicas con las que salía, era algo especial, y que lo tenía totalmente extasiado.

Alba se comportó de manera profesional, no quería que Marcos pensara que luego de haberse acostado, ella pretendía recibir un trato especial ni nada por el estilo. Se limitaría a hacer su trabajo de la mejor manera posible.

Cuando llegó la mitad de la semana, ya Marcos estaba insoportable, había insultado a más de una persona. Incluso había discutido con Edward, quien se pasó por la clínica. Necesitaba hundirse de nuevo en Alba. Lo tenía loco, y ella lo había ignorado totalmente. De hecho, ni siquiera habían vuelto a entrenar juntos.

Al día siguiente cuando estaban terminando la jornada, Alba entró a la sala donde se aplicaban algunos tratamientos, para ordenar todo para el día siguiente. Marcos estaba allí con el móvil, se había quedado más tiempo de manera deliberada, pues sabía que el lugar les otorgaba cierta privacidad.

Marcos se quedó observándola mientras hacía su trabajo, la chica era muy detallista, cuando dejó todo como debía, se dirigió a la puerta y Marcos le cerró el paso.

— ¿Necesita algo, Doctor? — Le dijo Alba, haciendo énfasis en la última palabra.

— ¿Se puede saber por qué tienes toda la semana ignorándome? — Le dijo muy molesto, con los labios muy pegados a los de ella.

— Yo no lo estoy ignorando, me estoy limitando a hacer el trabajo por el que me pagan.

— ¿Y en el gimnasio? ¿Por qué coño te has pasado la semana coqueteando con el gilipollas ese?

— Yo no estoy coqueteando con nadie, está muy equivocado, y si lo hiciera creo que no es asunto suyo. — Le respondió Alba, con la cara roja a causa de la ira que sentía.

— Y, ¿se puede saber por qué ahora no me tuteas?

— Estamos en el trabajo y me parece lo más correcto. — Respondió Alba sin dudar.

Marcos no se aguantó más y la estampó contra la puerta, comenzó a besarla y Alba mantuvo los labios apretados, no pensaba caer en ese juego. Pero Marcos sabía lo que hacía le mordió el labio inferior con algo de fuerza lo que hizo que ella abriera los labios, y él se aprovechó de eso para meter la lengua. Alba ya no pudo contenerse y se entregó al apasionado beso.

Marcos se apretaba contra ella, estaba muy excitado, la polla se movía dentro del pantalón, metió la mano por la cinturilla del uniforme de ella y le metió un par de dedos dentro la vagina, estaba húmeda y caliente.

Marcos sacó los dedos y se los llevó a la boca, Alba abrió los ojos como platos, ese gesto le había parecido muy sensual, y se excitó más, si es que eso era posible. El chico le bajó los pantalones del uniforme y se los quitó, necesitaba estar dentro de ella, lo necesitaba más que el propio aire.

Alba abrió la cremallera del pantalón de él, Marcos buscó en su bolsillo del pantalón y sacó un condón, el muy canalla lo tenía todo planeado, se lo entregó a Alba que con manos temblorosas se lo colocó. Apenas la chica terminó, él la levantó para que le rodeara la cintura con las piernas y sin más dilación, la penetró.

Alba lo tenía agarrado por los hombros, y él la tenía agarrada por el trasero. La embestía con fuerza y la chica gritó, inmediatamente Marcos la besó para callarla, cualquiera podría oírlos y se armaría la grande. Unos cuantos movimientos más y Alba se corrió, y con su orgasmo lo arrastró a él.

Marcos se salió de ella con cuidado, y la puso en el suelo, le acercó el pantalón y las bragas. Mientras tanto, él se quitó el condón le hizo un nudo y lo envolvió junto con el empaque en una gasa para arrojarlo a la basura, y que nadie se diera cuenta de lo que allí había ocurrido.

Alba se acomodó la ropa lo mejor que pudo y se dispuso a salir.

— Esto no puede volver a ocurrir. — Le dijo Marcos.

La chica se giró para mirarlo, ¿en serio le había dicho eso, cuando él había sido el que la había abordado? Alba aguantó las lágrimas había sido una tonta por dejarse envolver de nuevo por el guapo Doctor, pero se pondría firme la próxima vez.

— De eso puede estar seguro, Doctor Di Stefano. — Le contestó Alba.

Cuando Alba salió del cuarto Marcos golpeó con fuerza una mesa, era un completo imbécil ¿por qué coño había dicho eso? Se había comportado como un gilipolla, pero cuando estaba con ella su juicio se nublaba por completo.

Alba llegó a casa de Don Giacomo con muy mala cara, pero al ver a ese viejito adorable, se le olvidó todo el mal rato que la había hecho pasar Marcos, que luego de follarla como un loco, le dijo que eso no podía volver a ocurrir.

Don Giacomo se dio cuenta de que algo le pasaba y trató de alegrarle la tarde, le contó muchas cosas de su vida y buscó unos viejos álbumes de fotos. Le mostró a su querida Lucía, era preciosa y se dio cuenta que Marcos se parecía mucho a su abuela. También le mostró fotos de Marcos cuando era pequeño, era un niño precioso pero delgadito. Era increíble el cambio que había dado.

Los dos estaban tan concentrados viendo las viejas fotografías, que no se percataron que Marcos había llegado.

— Hola, Nonno. ¿Cómo estás? — Le dijo Marcos y se acercó a darle un beso a su abuelo.

— Hola, hijo. No te escuchamos llegar. ¿No vas a saludar a Albita? ¿Qué clase de educación te hemos dado en esta casa? — Le reprochó Giacomo, mirando a uno y al otro, en ese momento se dio cuenta que algo había pasado entre esos dos

— Hola, Alba. — Le dijo Marcos, mirándola fijamente.

— Doctor... — Le respondió ella sin levantar la mirada.

Giacomo siguió mirando a ambos, no podía creer que su nieto la hubiese cagado tan pronto, no había pasado ni una semana desde que prácticamente los obligó a ir a cenar juntos, y ahora tenían esa cara. Luciana entró en la casa y también sintió el ambiente enrarecido, le hizo un gesto a su padre como preguntando qué ocurría y el viejo levantó los hombros a modo de respuesta, dándole a entender que no sabía.

— Alba, ¿quieres venir un momento conmigo a la cocina, necesito hablar algo contigo? — Le dijo Luciana a la chica.

La chica se puso de pie y fue a la cocina a hablar con Luciana. Mientras tanto en el salón Giacomo le dio un coscorrón a su nieto.

— ¡Ay, Abuelo! — Gritó Marcos quejándose. — ¿Por qué me golpeas?

— Se puede saber ¿Qué fue lo que le hiciste a Albita, para que esté tan triste? Imbécil, te juro que, si deja de venir a estar conmigo por tu maldita cabezota, te vas a arrepentir. — Le dijo Giacomo muy molesto.

— ¿Por qué supones que yo le hice algo? — Le contestó Marcos, haciéndose el tonto.

— Yo soy viejo, pero no soy idiota. Tú crees que no me he dado cuenta que se te cae la baba por mi Albita, y a ella tampoco le eres indiferente. Muy inteligente para unas cosas, pero para otras eres muy lento.

Marcos no pudo decir nada más porque en ese momento salieron Luciana y Alba de la cocina, venían hablando muy animadas. Alba era encantadora, todas las personas a las que conocía caían bajo su encanto.

— Bueno, les tenemos una noticia. — Dijo Luciana. — Alba va a comenzar a preparar sus postres especiales para diabéticos, para venderlos en la pastelería. Queremos ofrecer esa opción a las personas que no puedan consumir azúcar y a ella le quedan deliciosos.

— ¡Qué bueno, hija! ¿Pero con qué tiempo los va a hacer? A Albita apenas le queda tiempo para dormir. — Preguntó Giacomo con preocupación.

— No se preocupe Don Giacomo, ya pasado mañana terminó con el curso y me quedaré aquí hasta eso de las nueve para dejar los postres hechos. — Contestó Alba.

— Pero yo tengo una mejor idea. — Dijo Giacomo. — ¿Por qué no te mudas al departamento que está arriba de este? Es pequeñito de apenas una habitación, pero te servirá, allí vivió Carlo un tiempo antes de casarse, tiene todo lo que necesitas, y así, no tienes que estar de arriba abajo, eso te va a pasar factura más adelante, linda.

— Me parece estupenda idea, así se te hará todo más fácil — Puntualizó Luciana.

— Pero yo no puedo hacer eso, Don Giacomo, Señora Luciana, no me alcanza para pagar un alquiler en esta zona. — Dijo apenada Alba.

— ¿Y quién te está cobrando alquiler? — Respondió Luciana. — Vivirás allí y lo único que tienes que hacer es mantenerlo, tiene mucho tiempo cerrado y está deteriorándose.

— Anda mi niña, di que sí. — Terminó de decir Giacomo.

Alba asintió y de inmediato las lágrimas comenzaron a caer por su hermoso rostro. Aceptaría, pero no le iba a cobrar nada más por acompañar a ese viejito tan encantador, ya vería cómo hacer para llegar a fin de mes.

El ahorro que tendría con el alquiler era mucho, así que con el trabajo por las mañanas en la clínica y lo poco que iba a ganar con lo de la pastelería tendría que alcanzar. Marcos se había quedado observando la escena, Alba se había metido a su familia en un bolsillo.

Ese mismo fin de semana Alba se mudó al apartamento del piso de arriba de los Di Stefano. El lugar era muy bonito y luminoso, y a pesar de que Luciana le había dicho que se estaba deteriorando, Alba se dio cuenta que no era cierto.

Estaba totalmente amoblado, y la cama era nueva, Alba se sintió conmovida y muy afortunada por tener esa gente tan buena cerca de ella, que solamente querían cuidarla.

El sábado por la noche, luego de terminar de arreglar sus pocas pertenencias se dio una ducha, y se puso su ropa de andar en casa, tenía pereza de cocinar, así que, se iba a acostar sin comer. Pero en ese mismo instante sonó su móvil, era Luciana pidiéndole que bajara un momento.

Cuando tocó la puerta, Luciana abrió con una sonrisa, había hecho lasaña para celebrar su mudanza, cenaron juntos y luego vieron un programa en la televisión. Alba se sintió de nuevo en familia.

Esa noche en su casa de Malibú Marcos recibió una inesperada visita, Melanie se apareció sin avisar, ya se le estaba haciendo costumbre aparecer de esa forma y a él le estaba empezando a molestar. Marcos tenía toda la semana de mal humor, eso también se estaba haciendo habitual.

Melanie comenzó a besarlo y le saltó encima, ella siempre tomaba lo que deseaba, Marcos se excitó pues era un hombre y le corría sangre por las venas, iba a follar con la chica, de esa forma se sacaría a Alba de la mente.

— Vamos a la habitación, cariño. — Le dijo Melanie, con voz melosa.

— No, vamos a hacerlo aquí mismo. — Le respondió Marcos, por alguna razón no quería acostarse con ella en la cama en que lo había hecho con Alba.

— Como tú quieras, menos mal siempre tengo condones en mi bolso. — Le dijo a Marcos.

El comentario en ese momento le pareció un poco chocante, ¿cómo había llegado a ese nivel tan bajo de no importarle que Melanie se acostara con muchos chicos y luego venía a la ciudad y lo hacía con él como si nada? Sabía que se estaba siendo machista, pero nunca la había engañado, ella también sabía que él salía con otras y parecía no importarle. Entonces se preguntó ¿qué tipo de relación era esa?

Dejó de pensar y volvió a lo suyo. Melanie le colocó el condón con maestría, mientras él estaba sentado en el enorme sofá de piel blanca que estaba en el salón. Se montó encima de él y comenzó a moverse, Marcos actuaba por instinto, más que por deseo, la besó donde la tenía que besar, la acarició donde sabía que le gustaba y cuando ella se corrió se corrió él. Siempre procuraba complacer a sus parejas.

Melanie se bajó de encima, y le dio un beso, recogió sus cosas y cuando se dirigía a la habitación, Marcos la detuvo.

— Melanie, enseguida te llevo a tu casa. — Le dijo Marcos.

— Pero amor, yo pensé que querías que me quedara aquí contigo esta noche, mañana tengo que viajar de nuevo a Europa. — Le dijo Melanie, aleteando con las pestañas.

— Hoy no, y por favor la próxima vez que vayas a venir, avísame antes. — Le dijo muy serio, se sentía como una mierda, pero tenía que poner las cosas en claro.

— Hay otra, ¿verdad? — Preguntó la chica, visiblemente molesta. — ¿Quién es? ¿La conozco?

— No hay nadie, simplemente necesito un tiempo.

— Nosotros somos la pareja perfecta, Marcos. Déjate de tonterías, sabes que todo el mundo espera que nos casemos. Simplemente estás atravesando una de esas etapas por las que pasan los hombres, folla con ella todo lo que quieras, y luego regresa a mí. — Le dijo con tranquilidad Melanie.

— ¿Sabes que esto no es ser una pareja de verdad, Melanie? — Le dijo Marcos decepcionado.

— ¿Y tú cómo te imaginas que es una pareja?, Marcos no seas ingenuo, mi padre tiene años poniéndole los cuernos a mi madre, y ella lo sabe. Lo deja hacer lo que quiera, pues ella también tiene amantes, pero ante la sociedad siguen siendo la pareja perfecta.

— Eso no es lo que quiero para mi vida.

— Bueno, bebé. Hablaré con mi padre, veremos qué opina. Tú estás donde estás, gracias a él, así que creo que no tienes muchas opciones. Dentro de un mes regreso por una temporada más o menos larga, espero que para esa fecha hayas cambiado de opinión con respecto a lo nuestro.

La espigada rubia recogió sus cosas y se marchó dando un portazo. Marcos se quedó allí mirando por los enormes ventanales de su casa, el mar estaba calmo, y con el reflejo de la luna hacían que la vista fuera preciosa. Esa noche se había dado cuenta de lo superficial y vacía de su vida. También se dio cuenta que sacar a Alba de su mente iba a ser muy difícil.

Se quedó despierto hasta la madrugada pensando en las palabras de Melanie, no podía perder el trabajo de tantos años, la amenaza de la chica había sido muy clara. Sabía que Doctor Sullivan le tenía en gran estima y confiaba mucho en él. Pero por sobre todas las cosas estaba su hija.

El domingo a medio día decidió ir a almorzar a casa de su madre, esas comidas eran lo máximo, los Di Stefano cocinaban delicioso, y siempre era un placer comer en familia. Cuando llegó, la casa estaba llena, había olvidado que era el cumpleaños de su tía Micaela, y estaban sus tíos y primos, y por supuesto otra invitada; Alba.

Estaba preciosa con un vestidito de tirantes blanco, la falda tenía algo de vuelo y le llegaba a la mitad de sus definidos muslos. Se había dejado el cabello suelto y se había colocado un cintillo para mantenerse alejado de la cara.

Habían preparado cualquier cantidad de delicias, Alba también había traído algo, un pastel de carne que le había enseñado a preparar su madre, al parecer la receta había pasado de generación en generación. Estaba delicioso, todos alabaron los excelentes dotes para la cocina de la chica.

Uno de los primos de Marcos, que tenía casi la misma edad de Alba, no se le despegaba, el chico se había graduado en la universidad en informática, y no dejaba de hablar con ella. A Alba al parecer le interesaba el tema pues hablaba con mucho interés con él.

Marcos estaba hablando con su tío Carlo y su tío Marcelo, el marido de Micaela, pero en realidad no les estaba prestando ni la más mínima atención. Solamente miraba a Alba, Giacomo en un rincón se reía de la actitud de su nieto, y Luciana también se percató de la situación.

La situación para Marcos fue aún más incómoda, cuando su primo le pidió el móvil a Alba para grabarle su número y ella hizo lo mismo. Al final de la tarde cuando todos se estaban despidiendo, Alba también lo hizo, Marcos aprovechó que todos estaban distraídos, y fue detrás de ella.

Cuando Alba se giró para cerrar la puerta Marcos la empujó, cuando estuvieron dentro del apartamento, cerró la puerta.

— Pero, Marcos ¿Qué es lo que pretendes? — Preguntó Alba sorprendida.

— Me he estado aguantando toda la tarde los deseos de subirme ese maldito vestido y follarte como un loco. — Contestó Marcos.

Luego se acercó a ella y la abrazó con fuerza, con una mano y la otra la metió por debajo de la falda, estaba muy cachondo. Estaba acostumbrado a verla en uniforme o en ropa de gimnasio, pero con ese vestido, el cerebro y la polla estuvieron a punto de explotarles.

— Pero, ¿cómo se te ocurre subir así? Tú familia se va a dar cuenta. — Le decía Alba tratando de separarse de él.

— Están distraídos abajo, no se van a dar cuenta. — Le dijo jadeando, estaba desesperado.

Alba sabía que, si sucumbía a sus encantos, iba a pasar lo inevitable iban a follar y luego él se arrepentiría de lo sucedido, pero ella lo deseaba también. Así que se dejó llevar, caminaron abrazados y besándose hasta la habitación.

Marcos la besaba por el cuello, en la boca, luego bajó los tirantes del vestido y se dio cuenta que no tenía sujetador.

— ¿Cómo se te ocurre estar sin sujetador? Maldita sea, Paolo debe haber estado toda la tarde viéndote los senos. — Gruñó Marcos.

Alba se sonrió, ese era todo el arranque del Doctor, no quería que su primo estuviera cerca de ella. En ese momento se sintió alagada pero no se lo dejaría saber.

— Yo me pongo lo que me da la gana, tengo 26 años, y de paso soltera y sin compromiso, no necesito un policía vigilando lo que me pongo. — Contestó Alba.

Marcos hizo silencio estaba furioso, pero sabía que Alba tenía razón él no era nadie para prohibirle nada. Siguió en lo suyo y le sacó el vestido por abajo, cuando la tuvo enfrente casi se infarta, la tanga que tenía puesta Alba era blanca de encaje y diminuta.

Prácticamente estuvo desnuda toda la tarde frente a él, con ese ligero vestido encima. Mentiría si dijera que se le notaba nada pues el vestido era de un tejido bastante encubridor, pero de solo imaginárselo, quería morir.

Le dio un ligero empujón para que se tendiera sobre la cama, habían tenido sexo tres veces y no había podido saborear ese precioso coño, siempre estaba muy ansioso y la penetraba a la primera.

Le bajó con delicadeza la tanga, y se la metió en el bolsillo del pantalón, se la iba a llevar a su casa y la iba a guardar. Alba estaba allí, preciosa, con el cabello esparcido sobre la almohada, esperando ser devorada y eso iba a hacer. Le llenó el vientre de besos, lo tenía plano y con la piel perfecta, suave como de terciopelo.

Marcos le daba deliciosos besos por todo el cuerpo, luego subió y comenzó a mordisquearle los pezones, después la besó de nuevo en los labios. Alba era deliciosa, se hubiese podido quedar

toda la vida besándole todo el cuerpo. Fue bajando poco a poco, la tomó por los muslos y le abrió las piernas para tener más fácil acceso a su núcleo de placer.

— Joder, nena. Estás empapada. — Le dijo Marcos.

Comenzó a lamerla, con lametazos suaves, pero al saborearla, se excitó más y comenzó a succionarle con avidez el clítoris. Alba le acariciaba el cabello, y lo empujaba hacia ella para que lo hiciera con aún más fuerza, estaba desesperada. Marcos entendió enseguida el lenguaje de su cuerpo y metió dos dedos, cuando los músculos de ella los apretaron ante un inminente orgasmo se detuvo.

Quería que se corriera con su polla, así que, sin más preámbulos la penetró. Tenía la polla tan dura que le resultaba doloroso, pero dentro de ella era como estar en el cielo, comenzó a embestirla, y ella subía la cadera a su encuentro. Estaban perfectamente sincronizados, en un momento dado se dio cuenta que no se había puesto el condón e intentó salirse de ella, pero la pasión pudo más.

Se movía como si estuviera poseído, follar con Alba sin ninguna barrera era fabuloso, de hecho, en su vida lo había hecho sin condón, nunca se lo permitió y la sensación era sin igual. Siempre fue muy responsable, pero con ella había perdido la cabeza. Alba era cálida, estaba muy húmeda, deliciosa.

Marcos sintió el momento preciso cuando Alba se iba a correr, y él también se dejó llevar por el placer. Pero antes salió de ella y eyaculó encima de su vientre. Alba lo observó maravillada, como se acariciaba y salían de él esos chorros de tibio semen.

Luego él se tendió a su lado en la cama, estaba sudado y sin aliento. La abrazó y le dio un beso en el hombro.

— Alba te pido disculpas, con el calor del momento no me puse protección, pero te garantizo que estoy totalmente sano, y cualquier otra consecuencia la asumiré. — Le dijo muy serio Marcos, pensando en un posible embarazo.

— Tranquilo, yo también estoy sana, y tomo la píldora por problemas con la menstruación. No tienes de qué preocuparte. — Respondió Alba.

Ella se quedó muy quieta esperando que Marcos se pusiera de pie, y le dijera que estaba arrepentido y que no volvería a ocurrir nada entre ellos. Pero no lo hizo, se puso de pie, pero para ir al baño y buscar una caja de pañuelos desechables y le limpió el semen que tenía en el abdomen. Luego se aseó un poco y se vistió. Alba aprovechó el momento para ponerse algo encima y agarró una camiseta que le llegaba por los muslos, por alguna razón le daba vergüenza estar desnuda.

Marcos se acercó y le dio un apasionado beso.

— Nos vemos mañana en el gimnasio, preciosa. — Le dijo y se marchó.

Alba se quedó con cara de tonta viéndolo marcharse.

Cuando Marcos bajó trató de irse sin despedirse para que no se dieran cuenta. Pero Luciana estaba en el portal con los brazos cruzados esperándolo.

— Marcos, te lo advierto, Alba es muy buena chica y todos la queremos mucho. No te atrevas a hacerle daño. Sé que todavía estás con Melanie, esa chica no me agrada, pero tampoco deberías

jugar con ella. — Le dio un beso en la mejilla a su hijo y regresó a su casa.

La siguiente semana, Marcos se mostró considerado y amable con Alba, pero no se volvieron a acostar. Un día Marcos iba saliendo de la clínica, y vio que Alba también iba saliendo, él iba a casa de su madre y se ofreció a llevarla, no tenía sentido que ella tomara el transporte público cuando iban al mismo lugar. De lo que no se dio cuenta es que James Sullivan lo había visto subirse juntos al coche.

Cuando iban de camino a casa de los Di Stefano, sonó el móvil de Marcos, era Thomas, Linda estaba en el hospital el bebé iba a nacer.

— ¿Te molestaría acompañarme? Si te llevo primero voy a perder mucho tiempo y al parecer el bebé está ansioso por nacer. — Le preguntó a Alba.

— Tranquilo, vamos. — Le dijo la chica.

Cuando llegaron al hospital, Alba le dijo que podía quedarse en el coche, no quería parecer una entrometida, Marcos le dijo que no era ninguna molestia, que lo acompañara. Ya Thomas le había dicho en qué habitación se encontraban.

Cuando llegaron a la habitación, estaban los padres de ambos, sus madres habían muerto, también estaba Edward que era su médico y por supuesto el futuro padre. Linda comenzó a llorar cuando vio a su amigo. Luego de que se le pasara el ataque de llanto, Marcos le presentó a Alba, durante una de las contracciones fuertes Linda comenzó a gritar y a pedir que todos salieran.

Alba fue a buscar cubitos de hielo y se los dio. Luego hizo que Linda se sentara y comenzó a hacerle pequeños masajes en el cuello y la espalda con una deliciosa crema de lavanda que traía en el bolso, era su crema corporal, pero sabía que el olor daba tranquilidad.

Linda sintió un alivio inmediato, y desde ese instante no quiso que Alba se separara de ella, tanto que le pidió a Edward que la dejara entrar en la sala de partos. Estaba sola sin su madre, y Alba sintió que necesitaba el apoyo de otra mujer, ella tampoco tenía a su madre y le gustaría que cuando llegara ese momento tan importante, alguien que la comprenda la tome de la mano.

Desde ese momento se ganó el corazón de los abuelos del pequeño Noah, de Edward, de Thomas y el de Linda. Marcos la miraba con ternura, mientras sostenía entre sus brazos al pequeño, esa chica era un encanto.

Dos días después, Marcos estaba en su consultorio, esperando a que llegara su próxima paciente, y entró James Sullivan y se sentó frente a él.

— ¿Cómo está todo, Marcos? — Le preguntó James.

— Todo bien. Qué raro tú por aquí a estas horas. — Le dijo Marcos, a esa hora James solía estar en el quirófano.

— Tengo media hora antes de la próxima cirugía y quería hablar contigo. — Dijo Sullivan.

— Tú me dirás... — Le dijo Marcos, sosteniéndole la mirada.

Alba venía a decirle algo a Marcos sobre una paciente y cuando escuchó las voces se detuvo.

— Melanie, ha hablado conmigo, me contó que estabas un poco distante con ella. Mira Marcos, voy a ser franco contigo. En la familia esperamos que las cosas se arreglen, sabes que mi hija es la mujer que te conviene, sobre todo para tu carrera. No te digo que no puedas follar con la enfermera Roberts las veces que quieras, la chica está muy buena, tanto que hasta yo estaría más que dispuesto a tener sexo con ella, pero de eso a dejar a mi hija...

Alba se sintió morir, y se fue corriendo se sintió poca cosa, se sintió desechable. Marcos tenía los puños apretados, no le dio un puñetazo porque eso significaría una demanda segura y quería evitar problemas. Lo miró con furia y le respondió.

— Me tiene muy sin cuidado lo que tú opines, James. El respeto que te tenía acaba de irse por el caño, el hecho de que hables así de una mujer es deprimente, y más que hables de alguien tan decente como Alba, porque así se llama. No estoy enamorado de Melanie y no pienso casarme con ella por nada del mundo, es superficial, caprichosa, le gusta humillar a todo el que ella supone está por debajo de su nivel. ¡Es insoportable!

— Lo que tienes, lo tienes gracias a mí. ¡Te voy a destruir! — Le gritó el hombre.

— No me vengas con historias, yo estoy donde estoy porque soy el mejor en lo que hago y he trabajado como una bestia. Además, ya he hablado con mis abogados, nuestra sociedad está blindada y si me perjudicas te estarás perjudicando tú también. Tú no eres tonto sabes que la mayoría de los pacientes son míos, ya tú vas de salida. Si yo me voy mis pacientes se irán conmigo. — Le dijo Marcos en un tono muy calmado. — Y si no tienes nada más que hablar conmigo te agradezco me dejes solo, estoy muy ocupado.

El hombre salió hecho una furia del consultorio. Alba llegó a la casa llorando y Luciana la vio cuando pasó frente a la pastelería, a pesar de que iba escondiendo la cara. A los pocos minutos Luciana subió, quería saber que le había ocurrido. Tocó la puerta y la chica le abrió con lágrimas en los ojos.

— ¿Qué te hizo Marcos? — Le preguntó Luciana al verla.

— Nada, Señora Luciana. Es que soy muy tonta. — Le respondió Alba.

— Vamos Alba, yo sí no soy tonta. Crees que no me he dado cuenta como se miran. — Le dijo

Luciana entrando al pequeño apartamento. — Ven, cuéntame. — Se sentó en la barra de la cocina esperando que Alba hablará.

Alba le contó todo lo sucedido desde el principio, desde que se conocieron en el gimnasio, cuando ella se presentó. Le dijo que desde el primer día que vio a Marcos le había gustado, y luego con el día a día, mientras entrenaban juntos luego en el trabajo los sentimientos hacia él se habían hecho más fuertes. Pero que no sabía qué sentía por él exactamente.

Le contó que el día de su cumpleaños se habían acostado y ella se había quedado con él en su casa. También con mucha vergüenza le contó el incidente en el consultorio y lo que él le había dicho después, le contó todo de modo general sin los detalles candentes. Luego le contó sobre la conversación entre James y Marcos. Luciana la escuchó con atención.

— Cariño, déjame decirte dos cosas. Lo primero es que estás total y completamente enamorada de mi hijo, y lo segundo es que mi hijo es un imbécil. — Soltó Luciana sin más.

Alba se quedó con los ojos muy abiertos. Estaba enamorada de Marcos, y no se había dado cuenta, le achacó lo que sentía a la profunda química sexual que había entre los dos.

— No me veas con esa cara. ¿Sabes cuál ha sido el problema? Que siempre vuelves a caer cuando te dice un par de palabras bonitas, es que es igual a su padre.

La última frase que dijo Luciana fue más para ella que para Alba.

— Tienes que ponérsela difícil, ese tonto también está loco por ti, pero no es capaz de reconocerlo. Yo te voy a ayudar a que se dé cuenta de que no puede dejarte ir mi niña. — Le dijo Luciana con ternura a Alba, acariciándole la mano.

— Señora Luciana, yo no estoy tan segura, cuando el Doctor Sullivan dijo esas cosas tan horribles él se quedó en silencio. No me defendió. — Alba habló con cierto rencor.

— Y, ¿tú te quedaste a escuchar? No, ¿verdad? No sabes que ocurrió luego de que te fuiste, por muy idiota que sea mi hijo, estoy segura que no le iba a permitir que hablara así de ninguna mujer.

Alba se dio cuenta que eso era cierto, no se había quedado a escuchar el resto de la conversación, se había sentido tan ofendida que se fue antes de que Marcos le contestara. Pero también sabía que el Doctor Sullivan tenía razón en que Melanie sería la esposa perfecta para un hombre como Marcos.

Luciana llamó a su sobrino Paolo, el día del cumpleaños de su hermana, había visto como al chico se le salían los ojos por Alba y también vio como Marcos había estado pendiente de ellos durante toda la comida. Usaría al chico para darle celos, era un casanova y no se negaría por nada del mundo a salir con una bella chica, aunque fuera para molestar a su primo.

Paolo llegó a la casa media hora después, su tía podía ser muy persuasiva cuando quería, le contó el plan y él aceptó encantado, pero les dijo que, si la cosa se ponía violenta, hablaría, Marcos era una mole y si quería le podía arrancar la cabeza con los dedos meñiques.

Luciana le explicó al abuelo y al resto de la familia del plan, por supuesto no les contó los detalles de lo que le había contado Alba, simplemente les dijo que Marcos era tonto y no reconocía el tesoro de mujer que tenía enfrente. Todos estuvieron de acuerdo.

Luciana también le dijo a Alba que actuara con naturalidad que no se diera por enterada de la conversación con James Sullivan.

Y comenzaron a ejecutar el plan, lo primero, que hizo Paolo, fue ir a buscar a Alba al trabajo. El primer día Marcos no se dio cuenta porque estaba ocupado, pero la chica sabía que a sus compañeras se les daba bien el esparcir rumores, así que, hizo que Paolo entrara por ella y le diera un beso en plena puerta de la clínica.

Por la tarde Marcos iba pasando por la sala de enfermeras y las escuchó hablando.

— Chicas, ¿a qué no saben quién tiene un novio guapísimo? — Todas respondieron que no sabían.
— Alba, hoy vino por ella cuando salió. Se dieron un beso en la puerta y luego ella se subió a una moto enorme con él.

Marcos se puso furioso, sabía quién era el chico de la moto. Cómo era posible que Alba estuviera saliendo con su propio primo. Esa tarde al salir de la clínica a casa de su madre, cuando llegó la moto de Paolo estaba estacionada enfrente de la pastelería. Sabía que Alba debía estar en la cocina de la pastelería haciendo los dulces especiales sin azúcar, su tío Carlo lo entretuvo para que Micaela entrara a avisarles que había llegado.

Cuando Carlo vio que Micaela salió de la cocina, lo dejó ir, Marcos entró y Alba estaba riendo con Paolo, ella le estaba lanzando harina encima y el chico la abrazó y le dio un beso en el cuello. Cuando se giraron y vieron a Marcos, lo saludaron, y continuaron lo que estaban haciendo.

Marcos salió furioso y subió a la casa, el abuelo estaba sentado viendo la televisión y él se le sentó al lado.

— Marcos, ¿a qué no sabes la última novedad? — Le dijo Giacomo.

— No, Nonno, pero estoy seguro de que tú me lo vas a contar. — Le dijo con muy mal humor.

— Parece que Paolo y Albina se han hecho novios. Estoy tan feliz, esa niña es un tesoro. — Le dijo el viejo poniendo cara de felicidad, fue una de sus mejores actuaciones.

Marcos se puso colorado y se despidió de su abuelo sin decir nada, alegando que se había acordado que tenía algo pendiente que hacer. Luciana, que conocía muy bien a su hijo, había llamado a Edward y a Linda y los involucró en todo el complot.

Marcos llamó a Edward para tomar algo y este le dijo que estaba en casa de Linda, que se acercara y aprovechaba para ver a Noah.

Cuando llegó, un agotado Thomas le abrió la puerta. Edward estaba acostado en la cama de Linda mientras ella le daba de comer al bebé, así eran ellos, los tres eran como hermanos.

— ¿Se puede saber que te ocurre? Cuando me llamaste me dejaste intrigado. — Le preguntó Edward.

— No es nada importante. No te preocupes. — Respondió Marcos.

— Vamos, Marcos... Nos conocemos hace mil años. ¿Qué es lo que te pasa, cariño? — Le preguntó Linda.

— Es Alba, parece que está saliendo con mi primo Paolo. Y eso no es todo, la familia parece estar muy feliz, la quieren mucho. Dicen que no podía haber escogido mejor. — Le dijo Marcos, muy apesadumbrado.

— Y, ¿quién no va a querer estar con esa chica, Marcos? Es preciosa, es simpática, gentil, trabajadora y amable. Es una lástima que no se haya fijado en mí. — Le dijo Edward.

Thomas se había unido a la conversación tuvo salirse de la habitación para poder reírse.

— Cariño, Edward tiene razón, ¿quién no iba a querer estar con Alba? Es maravillosa, mira lo encantadora que fue conmigo, me acompañó en todo momento durante el parto, y me ha estado llamando todos los días para ver cómo estamos. De verdad hay que ser tonto para dejarla ir. — Completó Linda.

Marcos se fue de allí más confundido que antes, decidió dejar pasar unos días, lo más seguro es que a Paolo se le pasara el enamoramiento con Alba, aunque ¿a quién quería engañar? todo el que conocía a Alba se enamoraba de ella. Pero los días pasaron y las cosas no mejoraron.

El día del padre llegó y la familia en pleno celebraba con Don Giacomo, por supuesto, Marcos no quería ir, pero su abuelo había sido un padre para él y no podía dejar de asistir.

Cuando llegó a la casa de su abuelo, ya estaban todos allí, también estaba Alba, Paolo no se despegaba de ella, le hablaba al oído y ella sonreía, él se encargaba de llevarle las bebidas y ella le llevaba de comer. Marcos estaba furioso, la celebración fue una tortura para él.

Una vez que se fueron todos, Marcos se quedó sentado solo en el salón de la casa, Luciana se sentó a su lado.

— ¿Qué tienes hijo? Te veo triste. — Le dijo Luciana.

— Nada, mamá. Estoy bien. No te preocupes. — Le contestó.

— Marcos, te conozco. Por favor, sincérate conmigo.

— Mamá, creo que metí la pata. No me di cuenta de lo que tenía hasta que lo perdí. — Le dijo Marcos con tristeza.

— ¿Puedes ser más específico, hijo? — Luciana quería que dijera lo que sentía, pero con nombres y apellidos.

— Estoy enamorado de Alba y me di cuenta demasiado tarde, ella está con Paolo y no voy a meterme en su relación, nunca tuve la valentía de decirle nada, creo que ni yo mismo me había dado cuenta. Es preciosa, es buena, amable, es perfecta. — Marcos al fin había hablado con el corazón.

— Y, ¿por qué no le dices lo que sientes por ella? — Le contestó Luciana.

— No mamá, ya perdí mi oportunidad. ¿Acaso no la viste como estaba con Paolo? Se le veía feliz.

— Le respondió con tristeza.

— Hazme caso y habla con ella, pero hazlo ahora no dejes pasar más tiempo.

Marcos se lo pensó unos minutos y decidió que lo haría, no se podía quedar con esos sentimientos dentro. Sabía que ella no lo iba a aceptar, pero él necesitaba decírselo. Así que subió y tocó la puerta del apartamento de Alba. Ella abrió enseguida.

— Hola, Alba. ¿Puedo pasar? — La chica se apartó para que lo hiciera.

— Dime, Marcos. ¿Qué ocurre? — Preguntó Alba.

El chico la agarró de la mano y la llevó al pequeño sofá que había en el salón, él acercó la mesa del centro y se sentó frente a ella tomándola de ambas manos.

— Alba, quiero decirte algo. Necesito que me dejes hablar sin interrumpirme.

Alba asintió sin emitir sonido, solo con un gesto.

— Sé que lo más seguro es que me saques de aquí a patadas, y estás en todo tu derecho de hacerlo, porque sé que me comporté como un perfecto idiota. Pero tengo que decirte que eres la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida, eres hermosa, inteligente, gentil, bondadosa, tienes la sonrisa más genuina del mundo, la mirada más limpia. Eres un amor con toda mi familia, tanto, que creo que te quieren más que a mí.

A pesar de que Alba ya estaba llorando como una magdalena, sonrió.

— Y de paso juntos somos dinamita en la cama. Pero bueno, no quiero salirme del tema, sé que a lo mejor llegué tarde o mejor dicho me perdí en el camino, pero te amo como nunca amé a nadie y como creo que nunca amaré a nadie. Eres tú, siempre fuiste tú.

Alba se le lanzó encima para besarlo, Marcos la alejó un poco, no podía creer que estuviera haciendo eso era la novia de su primo.

— Alba, pero estás con Paolo. — Le dijo.

— Eso no es cierto, solo somos amigos, si quieres pregúntale a tu madre. — Le dijo ella riendo.

— ¡MAMÁ! — Gritó Marcos.

Ese día Luciana le explicó todo el plan que habían trazado para que reaccionara, Marcos se molestó como dos minutos y luego se montó sobre los hombros a Alba y la llevó al apartamento, allí se amaron hasta que no pudieron más.

Unos meses más tarde, Marcos dio el paso definitivo y le pidió matrimonio a Alba, ella por supuesto aceptó. Un año después se casaron en la playa, justo enfrente de la casa que había construido Marcos para él, y que ahora compartiría con su bella esposa.

Don Giacomo la entregó el día de su boda. Marcos se le quedó mirando con profundo amor, agradeciendo que Alba ganara aquel concurso que les permitió conocerse.

NOTA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Por qué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestros lectores.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gintonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.